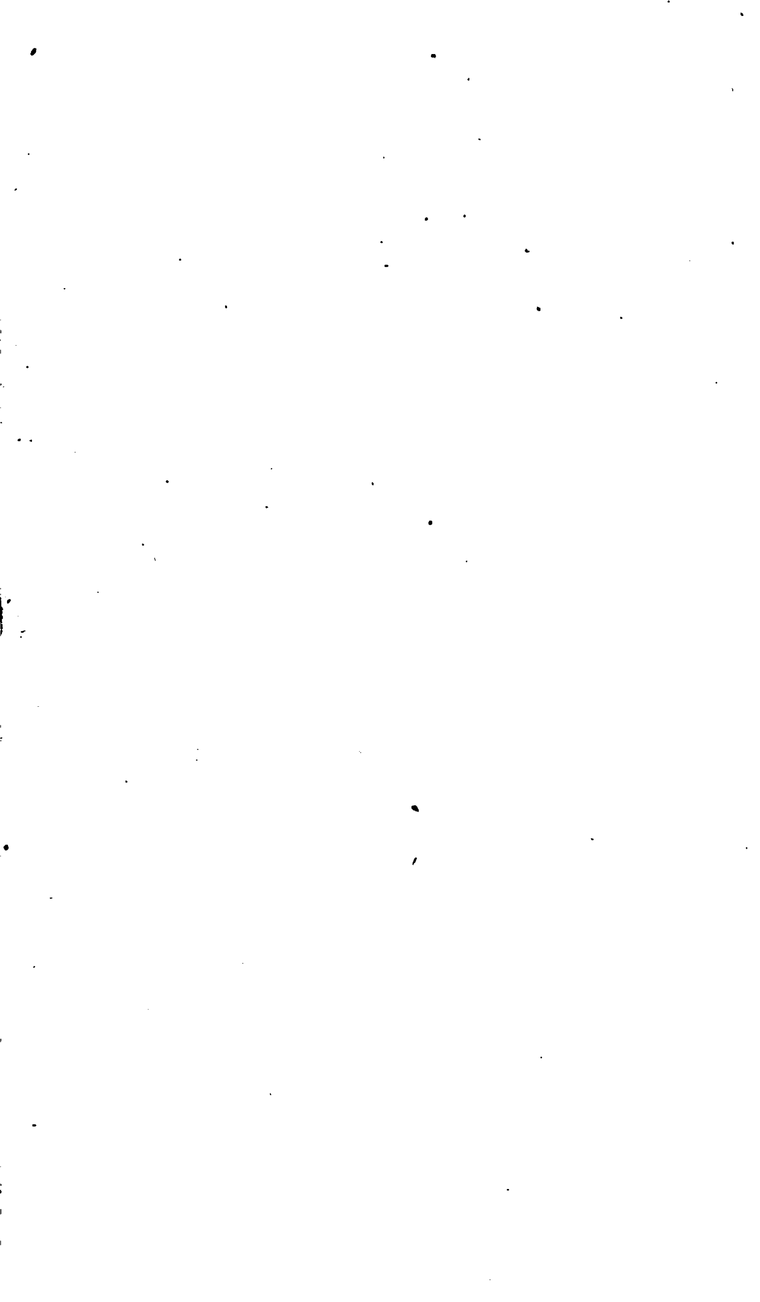
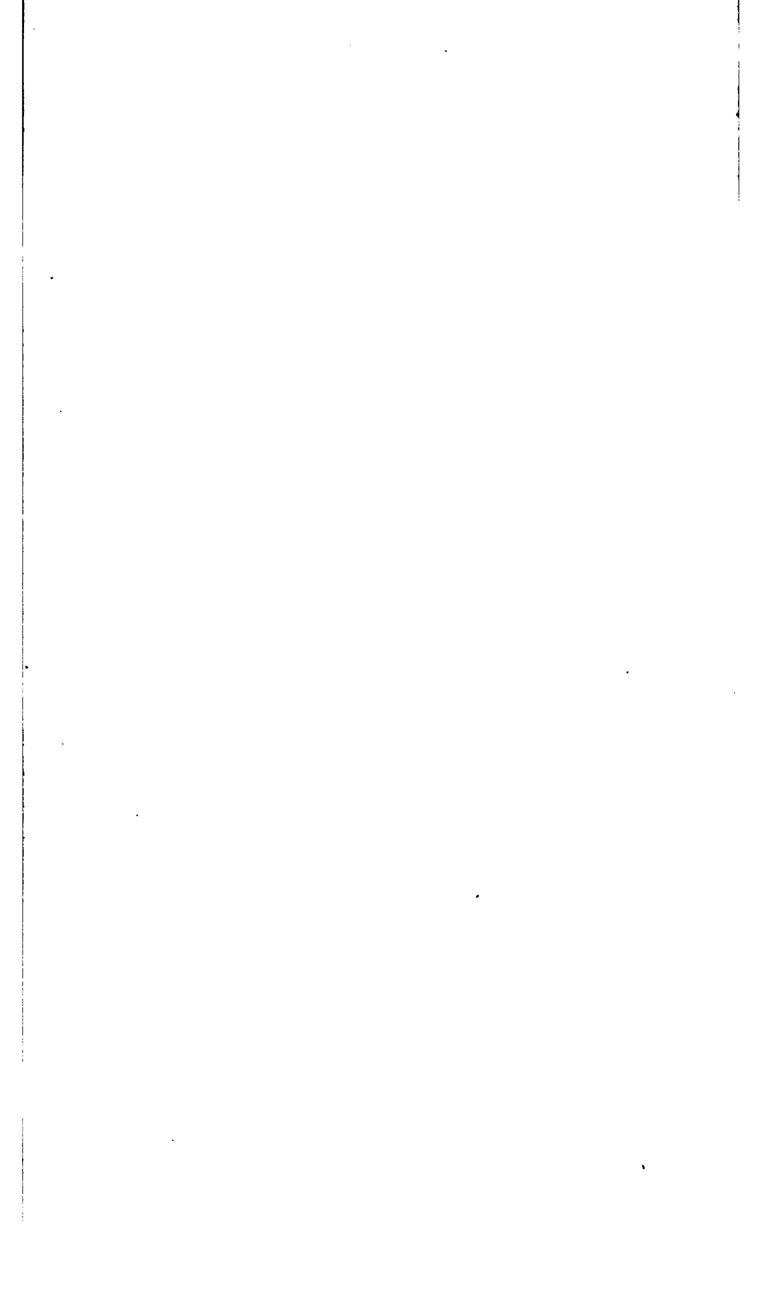

ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



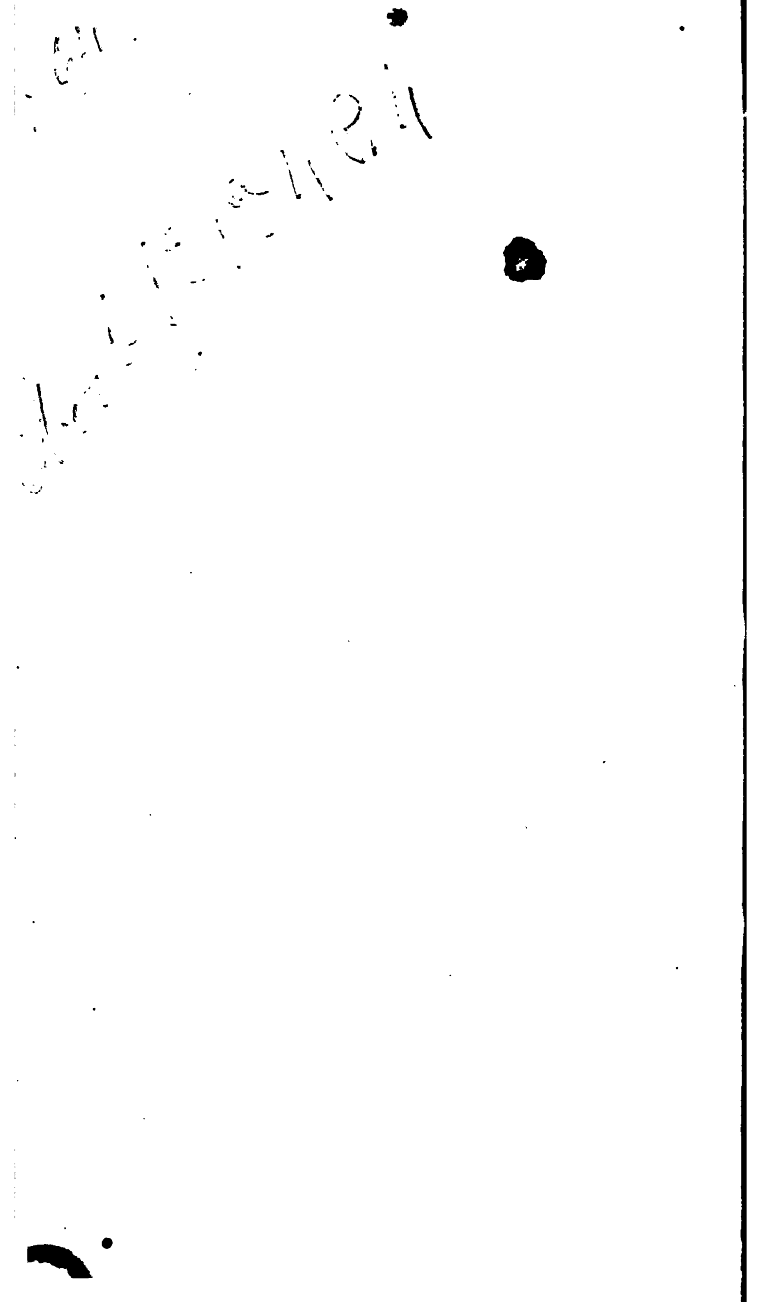




LUIS MONTOTO

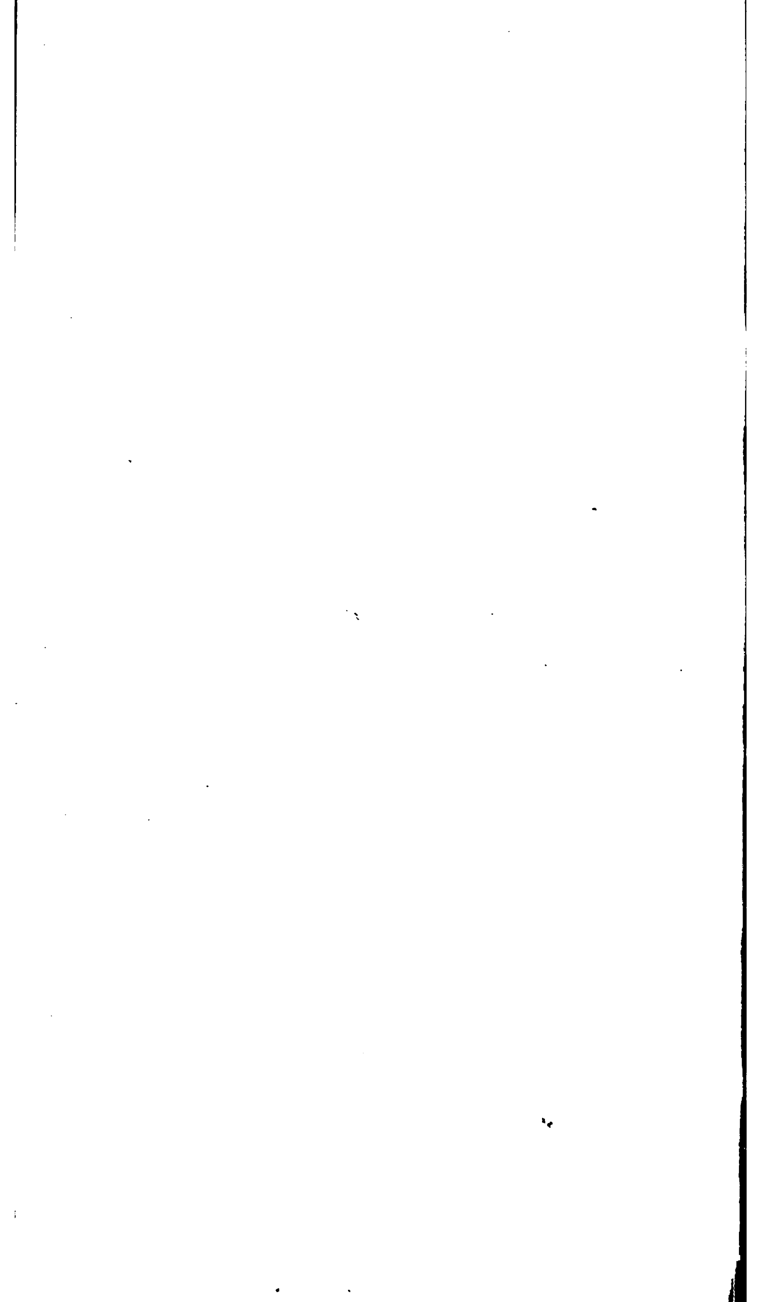
GRANOS DE ARENA

SEVILLA
FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
1875





POESÍAS



GRANOS DE ARENA

POESÍAS

DE

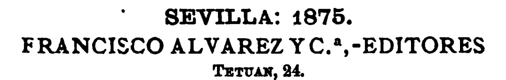
D. LUIS MONTOTO

PRECEDIDAS DE DOS CARTAS

DE D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE

Y

D. RAMON DE CAMPOAMOR



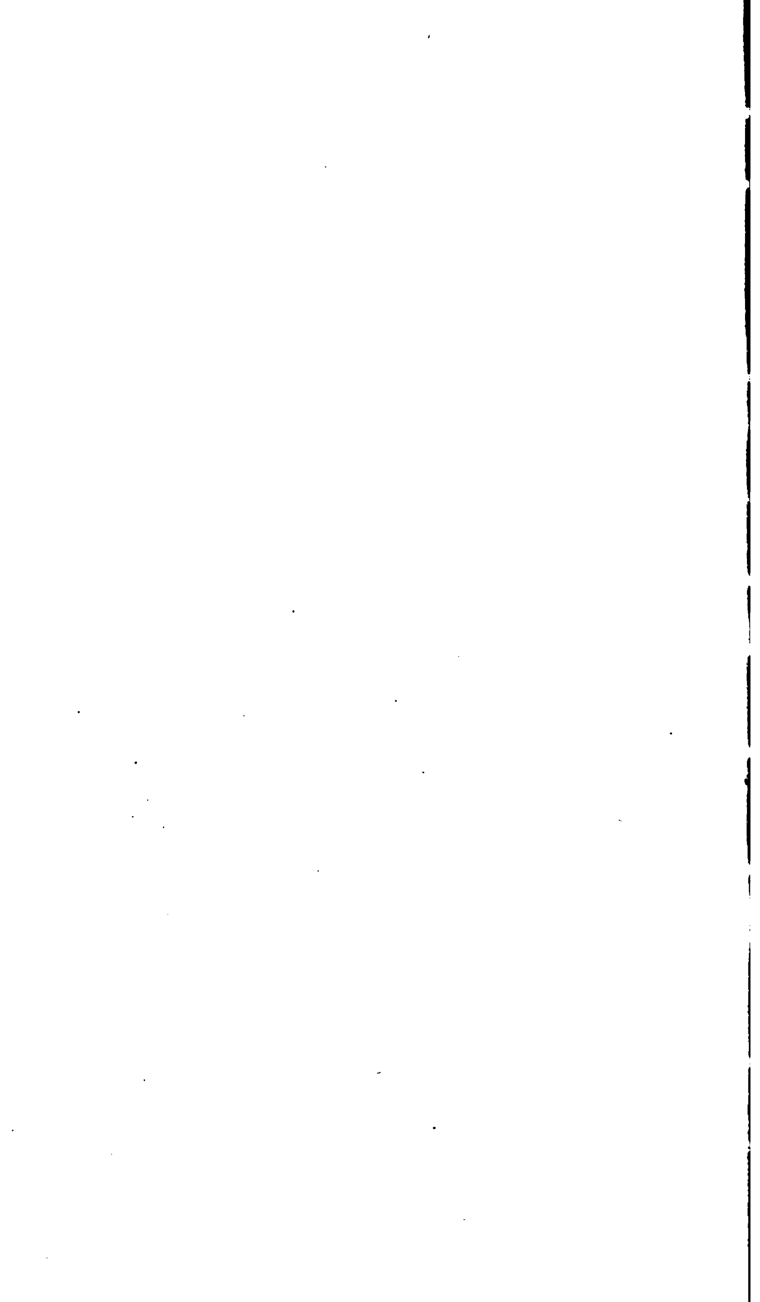
SEVILLA: 1875.
FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, -EDITORES
TETUAN, 24.

Establecimiento tipográfico de Francisco Alvarez y C.ª — Tetuan, 24.

Al Sr. D. José M.ª Montoto,

su hijo

Luis.



Sr. D. Ramon de Campoamor

Mi querido Ramon: Hace mucho tiempo que accepté gustosísimo el encargo de escribir un prólogo para las poesías de mi excelente amigo el jóven poeta sevillano D. Luis Montoto, pero al llegar el momento de convertir en hechos mis palabras, las fuerzas me faltan, y me encuentro desprovisto de todas las condiciones precisas para apadrinar un libro que, en mi humilde opinion, puede presentarse sólo y reñir batalla con cualquiera y salir victorioso en la contienda.

En lucha abierta mi corazon con mi cabeza, y torturando mi espíritu para salir de tan difícil empeño; queriendo por un lado ser yó quien dijera al público «Ahí teneis un gran poeta,» y temiendo por otro, y con razon, que mi falta de autoridad en materias literarias perjudicase á un libro, al que profeso casi un cariño de padre, porque lo he visto nacer, crecer y llegar á perfecto estado de madurez: una idea que califico de sublime, acudió á mi imaginacion; «nadie mejor que Campoamor (me dije) puede hacer este Prólogo; él conoce á Montoto, cuyas poesías y cuyos pequeños poemas hemos leido

juntos; él goza en alentar á la juventud, que vale y está llamada á gran porvenir; él dirá con más autoridad que otro alguno, que Montoto brilla por la enerjía y el sentimiento, por lo profundo del pensamiento y lo galano de las formas, y así su primera coleccion de poesías llevará al frente un nombre de los más notables en la república de las Letras.

Hé aquí el por qué de esta carta que tu bien probada amistad sabrá dispensar, y á la que espero contestarás, haciéndome una buena obra, y proporcionando una satisfaccion á Montoto, que sale tan bien librado en el cambio.

Además, nada es tan natural como que tú seas el encargado de poner algunos renglones en la primera hoja de este libro: en él abundan los PEQUEÑOS POEMAS, *y tú, Padre del género, eres el llamado á decir si los hijos sevillanos son lejítimos y dignos de figurar al lado de los tuyos, dándole carta de naturaleza.*

En mi entender, los poemas son de primera clase y.... perdóname si invado tu terreno, iba á entrar en sitio vedado, y es que la osadía siempre es compañera de la ignorancia.

Conste, pues, que me sobran deseos y me faltan fuerzas, como dije al principio: conste que tengo en alto aprecio á Luis Montoto, y conste, sobre todo, que nadie te quiere ni te admira tanto como

GONZALO

Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizone.

Mi querido Gonzalo: no me es posible escribir el prólogo que me pides para que se ponga al frente de la primera coleccion de poesías del Sr. Montoto, á pesar de que le juzgo un poeta lleno de orijinalidad y de estro poético, porque yá me he negado á escribir otros para jóvenes escritores de un gran porvenir literario.

La razon en que me fundo para no escribir más prólogos, es la de que nadie los puede escribir tan interesantes y tan atractivos para los lectores como los autores mismos.

Sólo éstos pueden darnos la razon de la forma y del fondo, del cómo y del para qué de sus producciones artísticas.

¿Se ha de cultivar el Arte sólo por el Arte, ó debe éste tender hácia cierta finalidad más ó ménos filosófica?

Si se admite el trascendentalismo en las obras artísticas, ¿hasta qué punto la razon puede ir mezclada con el sentimiento?

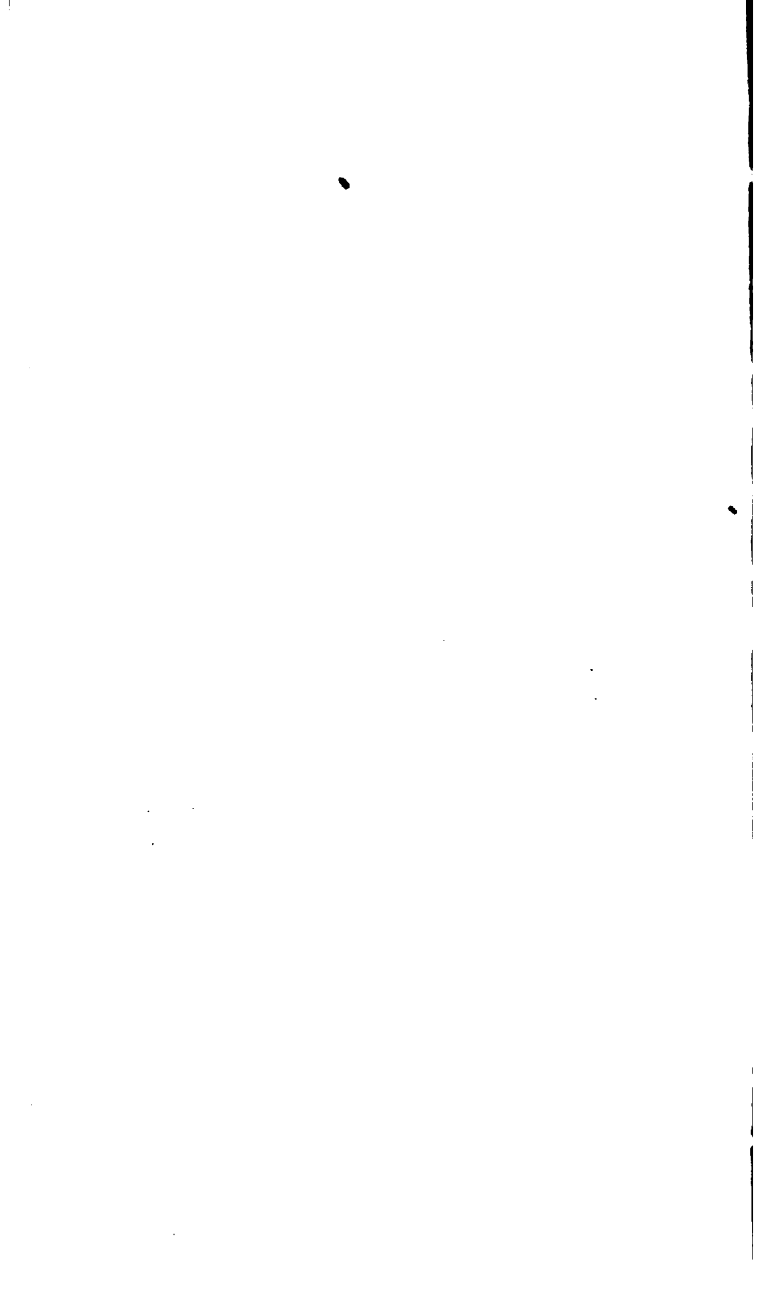
¿Basta que el Arte se ocupe en hechos aislados, ó será menester que toda obra artística esté fundada sobre una idea universal que abarque la totalidad de los hechos?

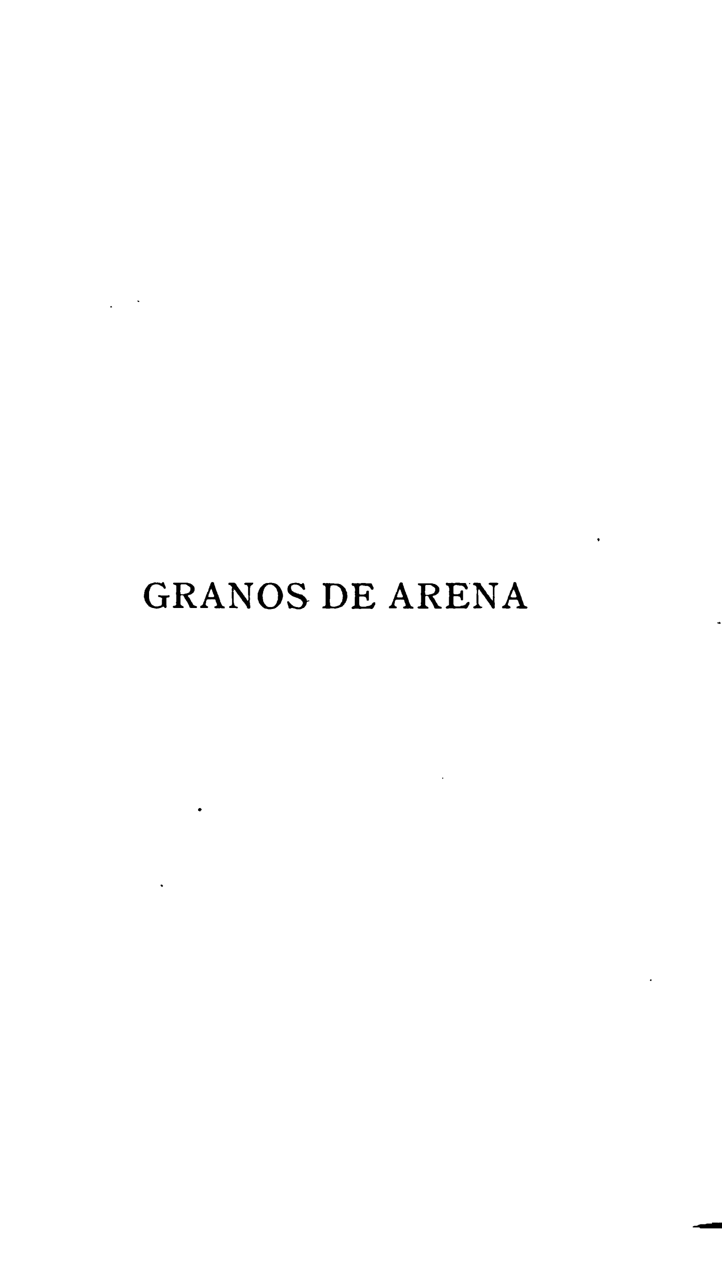
Yá he dicho en otra parte, que el autor que con más discrecion responda á estas preguntas á propósito de sus obras, será el que haga más grande servicio á las letras, y sobre todo redactará un prólogo mucho mejor que el que puedan escribir todos los críticos del mundo, y en particular, un censor tan mediano como lo es tu amigo

CAMPOAMOR.

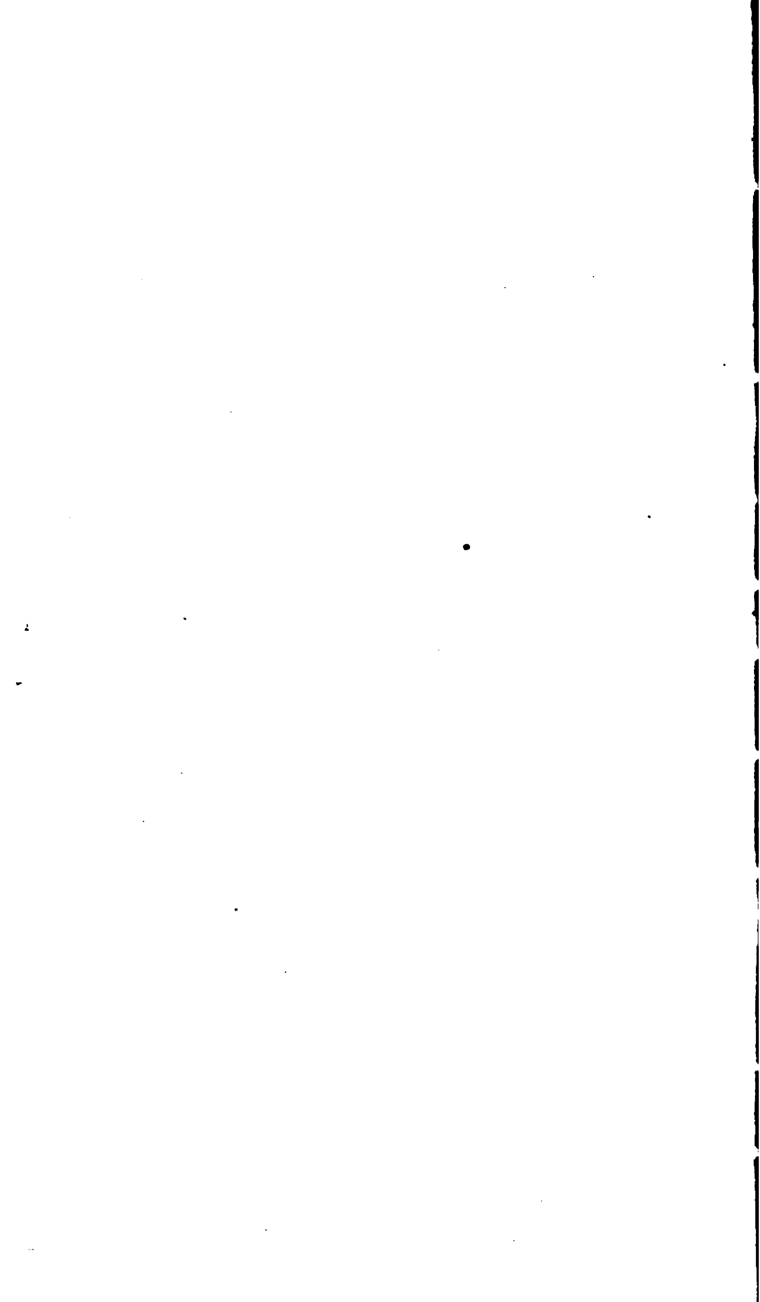
PROLOGO DEL AUTOR

Como esos caminantes, que temiendo
Perderse en el camino,
Señales ván dejando cuidadosos
Para volver al punto primitivo;
Yó, que canto el amor y la familia,
¡Cuánto hay de grande, generoso y digno!
Yó tambien, á mi paso por el mundo,
Señalo con cantares mi camino:
Si algun dia me pierdo,
Podré volver al punto primitivo.





GRANOS DE ARENA



Luz.

A Manuel Cano y Cueto.

I.

¿Quieres, Manuel, que narre yó la históría
De *aquella* desdichada criatura,
Cuyo recuerdo baña mi memoria
Con las aguas de un llanto de amargura?
Tú, como yo, testigo
De su dolor y de su pena cierta,
Al llorar hoy conmigo,
Lloras tambien por la olvidada muerta.
Si el mundo despiadado,
Viva la escarneció, muerta la olvida,
Dios, que es perdon, tal vez la ha perdonado,
Y hoy en la Córte celestial anida.
Si, buen Manuel, lloremos,
Lloremos por la triste y sin ventura;
¡Tal vez con nuestro llanto calentemos
Sus huesos en la fría sepultura!

II.

Dulce, alegre y afable,
Rubia como los ángeles del cielo,
Aquel sér adorable
Tenía la sonrisa de la aurora:
Sus ojos, entornados dulcemente,
Con mirada traidora,
El corazon herían mortalmente;
Ojos que nunca en vano
Mirarlos puede el hombre, porque siente
El vértigo que causa el Oceáno.
Tú, como yó, la viste
Tender, llorosa, la convulsa mano,
Pidiendo, acongojada,
El pan de la miseria, abandonada
Á la piedad del corazon humano.
Destrenzado el cabello,
Pálida y ojerosa,
En harapos envuelta la belleza,
Que traslucía la mirada ansiosa;
Descalzo su pié breve,
Que envidiaban las rosas y la nieve,
Aquella niña, sola,
Era la perla que arrojó á la arena
Del mar del vicio alborotada ola.

III.

Rodando por el mundo, poco á poco
La niña fué creciendo
En años y belleza,
Poco á poco perdiendo
Las hojas de la flor de la pureza.
Oigo, Manuel, que exhalas
Hondos suspiros de amargura llenos;
De los ángeles todos son los ménos
Los que al cruzar el mundo
No manchan la blancura de sus álas.
Aquel sér adorable,
Un dia y otro dia,
Tú lo sabes tambien, la voz oía,
Voz maldita, execrable,
De esas gentes que viven en la orgía,
Y que sienten satánica alegría
Al ver en la niñez vicio probable.

IV.

Pasar de la pobreza
Al lujo y al placer, verse ensalzada,
Fué un sueño, que abrasaba su cabeza,
Fué una ilusion al cabo realizada.
¿Fué criminal la niña abandonada,
Aquella criatura

Nacida por acaso, á la ventura,
Y entre el vicio criada?
¿Sabe de luz el ciego
En la perpétua noche de su vida?
¿Y qué sabe de fuego
La nieve por el sol no derretida?

V.

Y tengo para mí que Luz fué buena....
¡Oh, corazon de la mujer, hermoso,
Quién penetra en tu abismo misterioso
Y aclara la mitad de tus encantos!
¡Ví tantos corazones, tantos, tantos
De mujeres que el mundo maldecía,
Rebosando bondad que, tén por cierto,
He dudado mil veces si sería
El bien una palabra sin concierto
Que alguno, el mundo ó yó, no comprendía!
Quiero decir, amigo,
Y repítelo tú tambien conmigo,
Á toda duda la razon agena,
Que aquella niña *mala* era muy buena.

VI.

Corriendo el tiempo, un día,
Día de primavera,
Al ver á Luz, hallé que no tenía
En sus azules ojos retratada

La vida y la alegría.
Era la vez primera
Que aquella niña, enloquecida ó loca,
Á su belleza provocando enojos,
Desterraba la risa de su boca
Y borraba el deseo de sus ojos.
«¿Sabes—me dijo, alzando la cabeza,
Coronada de rizos y de flores—
Que voy á ser feliz? Mi vida empieza
Allí donde comienzan mis amores.
¡Si vieras!... ¡Me dá pena
De no poder amar lo que amo tanto!...
¡Ah, si yó fuese buena
Ahora sería de placer mi llanto!»
Y apénas entendiendo
Lo que decir quería,
Empecé á sospechar que renacía
Su corazon, por el amor viviendo.
Y así continuó: «¿De qué te extrañas?
Resuelta estoy y conseguirlo espero;
Yó quiero ser muy buena, yó lo quiero
Por el hijo que llevo en mis entrañas!»

VII.

Y madre fué; que el Cielo bondadoso
Un ángel le envió para consuelo
Y perenne alegría:
Para las madres, dí ¡que son los hijos
Sino ángeles que el Cielo les envía!

Su corazon hermoso,
Que se abrasaba en maternal anhelo,
Renació á la virtud, y llegó un día
En que olvidó la tierra por el Cielo.
«Yó fuí mala,—decía—
La vida que viví me causa espanto,
Pero tengo el consuelo
De que todo se borra con el llanto.
Una idea traidora
Quiere el Cielo que el pecho me taladre:
Si ha de llegar la hora
De avergonzarse el hijo de su madre.»
Y seguía diciendo con tristeza:
«Cuando beso su frente inmaculada,
Recelo, avergonzada,
Que mancharán mis lábios su pureza.
Velo su sueño al borde de la cuna,
Y ni un ¡ay! de dolor tímida exhalo,
Ahogando los suspiros en mi seno:
¿Seré yó el ángel malo
Que envidia al ángel bueno?»

VIII.

Y el mundo, en tanto, ¿sabes lo que hacía?
«¡Fuera! ¡Fuera!—decía—
La que quemaba incienso en los altares
Del torpe vicio! ¡Fuera!
Cerremos á su paso los hogares
Do la virtud anida,
Y sea de los hombres maldecida,

Y del Cielo execrada,
La que fué por el vicio entronizada.»
Y ella gritaba: «Quiero
Ser buena y ser honrada,
Y ser honrada espero:
De mi vida pasada
Yo borraré la mancha con mi llanto;
Sírvame de castigo ahora mi pena:
¡Sí, yó he llorado tanto
Como lloraba un día Magdalena!»

IX.

Una tarde de invierno, tarde triste
Que nunca borraré de mi memoria,
Final de aquella história,
Más triste que la tarde y mi fortuna,
Al borde de la cuna,
Donde un ángel dormía,
Lloraba una mujer que parecía
El ángel del dolor de los dolores.
Lanzaba el sol sus últimos fulgores,
Aquel niño moría
Y la mujer velaba la agonía
Del hijo del amor de sus amores.
Pasó la noche; el resplandor del día,
Venciendo de las sombras los temores,
Vió la cuna vacía
Y á un ángel más que en apacible vuelo
Tendió sus alas al azul del cielo.

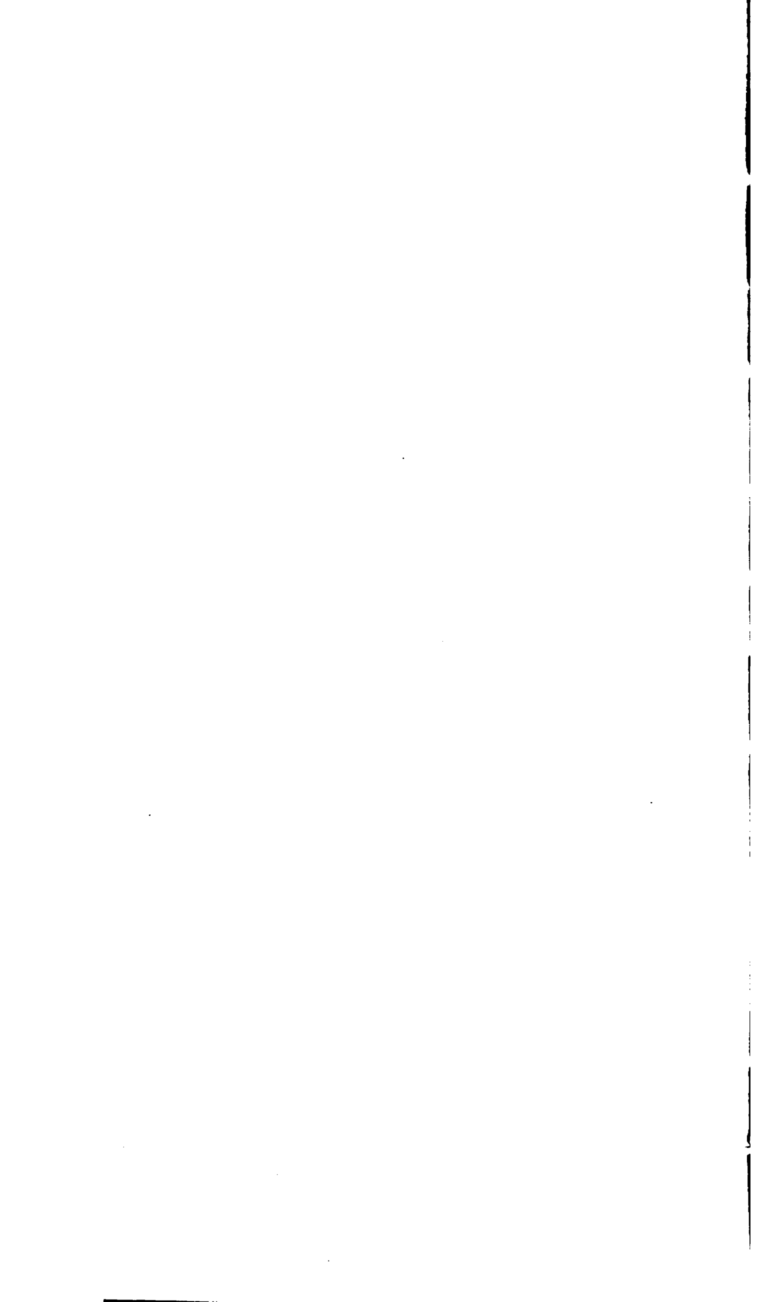
X.

Y aquella madre, que sintió en su alma,
Bañada por las aguas del cariño,
Méritos yá para ceñir la palma
Que el mártir ambiciona,
Dijo, besando la marchita frente
Del hijo muerto: «Por tu amor fuí buena;
El mundo no perdona,
Y el cielo, al parecer indiferente,
Al llevarte, alma mía, me abandona.»
Después, tú bien lo sabes,
Minada por horrible calentura,
Olvidada del cielo y de la tierra,
Consigo misma en guerra,
Por el lodo arrastrándose la impura,
En la fosa comun, sin luz ni flores,
Halló, por caridad, su sepultura.

Enero, 1878.

***

En busca de la ventura
Corrí por pueblos y campos;
Entré en la choza del pobre,
Estuve en ricos palacios;
Pregunté á viejos y mozos,
Á amantes y enamorados,
Y todos me respondieron:
¡Por aquí pasó de largo!

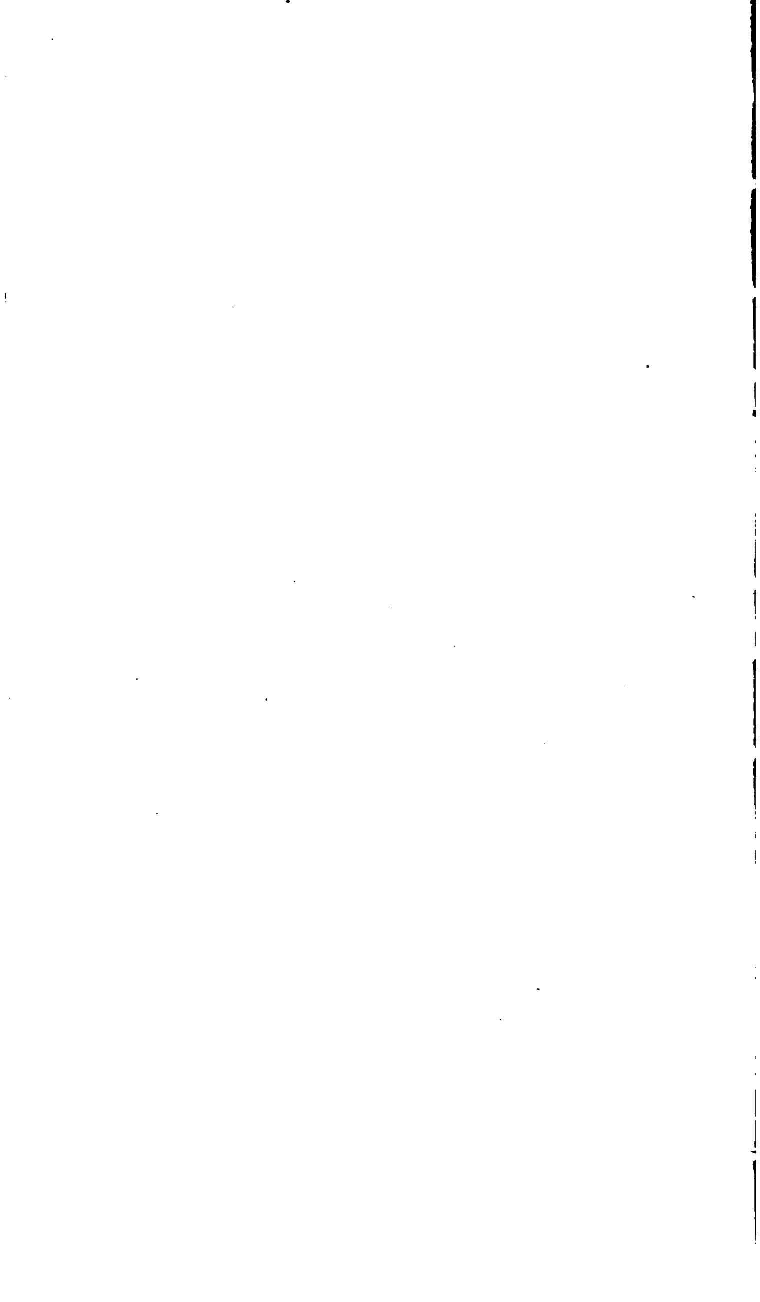


*
* *

Al comenzar la tarde,
Llegaron los dos novios á la Iglesia;
Él alegre y risueño,
Ella con el color de la azucena.

Tú y yó los contemplábamos,
Herido el pecho de mortal tristeza;
Ah! no mata la envidia
Cuando los dos vivimos en la tierra!

Al declinar la tarde,
Volvieron los esposos á la aldea...
Tú y yó, tristes, muy tristes,
Llorando nos quedamos en la Iglesia.



BIEN SIN REPOSO

(PENSAMIENTO DE GOETHE)

En contra de la nieve y de los vientos;
A través de la niebla de los valles,
¡Adelante sin paz y sin sosiego!
¡Siempre adelante!

Quiero mejor luchar con la desgracia
Que gozar de la vida los encantos;
Del corazon los dulces sentimientos
¡Son tan amargos!

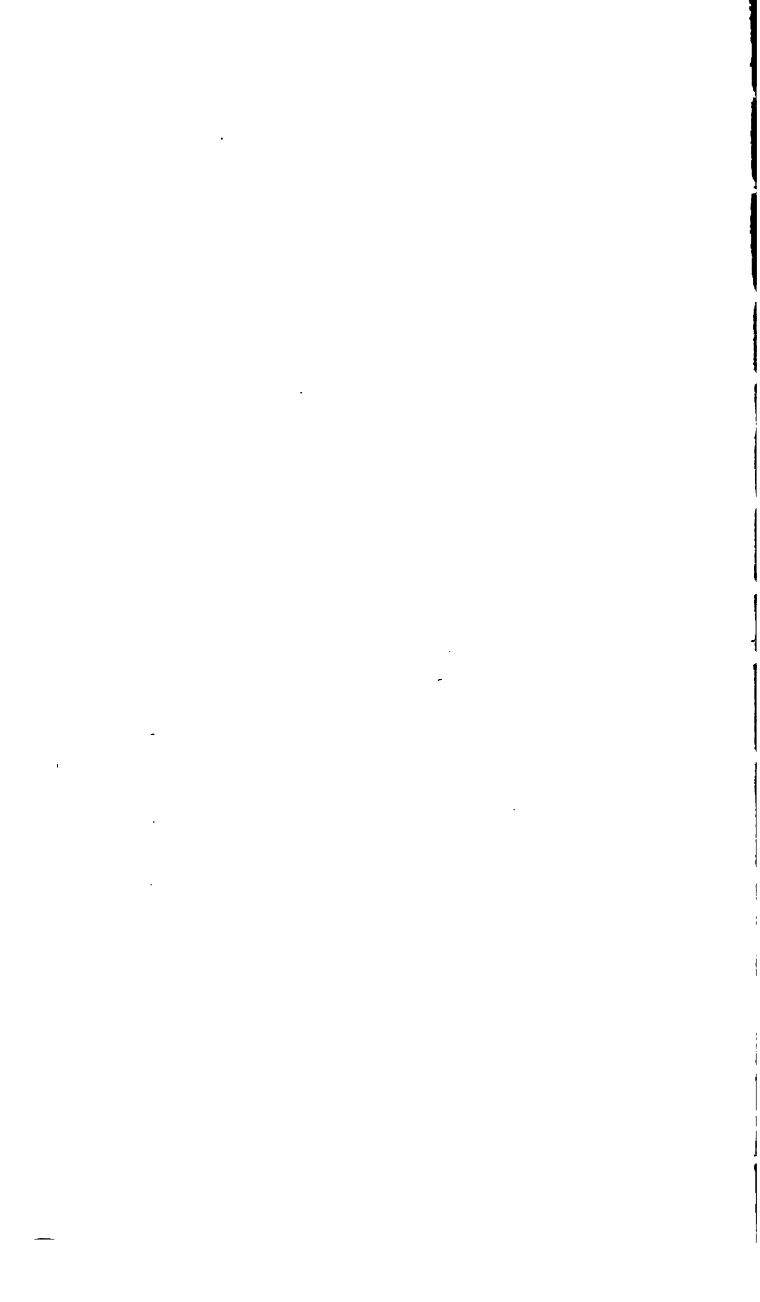
Huir! ¿y cómo? ¿A los cercanos bosques
Huyendo he de correr? ¿Paso los mares?
¿Cruzo la tierra, bajo á sus entrañas?...
¡Inútiles afanes!

De la existencia celestial corona,
Vívido fuego en que se abrasa todo,
¡Oh amor! tal eres tú. ¡Oh, amor! ¡oh, dicha!
¡Bien sin reposo!



*
* *

Reteniendo entre mis lábios
El ambiente de un suspiro,
Fuí acercándome á la cuna
Donde agonizaba un niño.
De una lámpara medrosa
Á los resplandores tíbios,
Ví que la muerte mecía
Del ángel el casto nido.
¡Ah!—pensé—la misma muerte
Se espanta de su destino,
Y para tender sus álas
Aguarda á que esté dormido.
¡Desde la cuna al sepulcro!
¿Por qué es tan corto el camino?...
¿Por qué se agostan las flores
Sin dar su aroma purísimo?
¿Por qué la vida no vive?
¿Por qué se mueren los niños?...



La manzana podrida.

A CÁRLOS PEÑARANDA.

I.

Criada entre los muros de un convento,
La hermosa Rosalía
Vírgen tiene su noble pensamiento,
Tan vírgen como el día
En que alegre los claustros recorría
Al aire dando su gentil acento.
Quince veces pasó la primavera
Sobre su frente derramando flores
Y aún no brotó en su pecho la primera
Flor del jardin que riegan los amores.
Sus ojos, que el pudor hace más bellos,
Del Cielo tienen el azul hermoso,
Y un algo misterioso
Vaga impalpable adormecido en ellos.
¡Quién hay que al extasiarse en la mirada
De un ángel de candor, cual Rosalía,

No sueñe con el tiempo en que dormía
En brazos de su madre idolatrada!
Yó, al mirar esas niñas hechiceras,
Conjunto de pureza y alegría,
Que pasan á mi lado, mensajeras
De sueños, realidades en un día,
Olvido este presente que me abruma,
Sueño tambien, y en infantil empeño
Persigo con afan, durante el sueño,
Algo impalpable entre impalpable bruma.

II.

Una niña educada en un convento
Tiene la timidez de la gacela:
Un suspiro fugaz, que lleva el viento,
La turba, la conmueve y la desvela:
Granos de arena, altísimas montañas
Parecen á sus ojos asustados;
Y cree en duendes, y en brujas y en patrañas
Que viven en las sombras apostados.
Su padre no es un hombre, que es su padre,
Ni es un hombre su hermano;
Ella nació, porque su buena madre,
Tan buena como cándida y hermosa,
Una serena noche de verano
La halló en el cáliz de encendida rosa.

III.

Tiene un primo la casta Rosalía,
Que vive de su prima enamorado
Con ese amor que en el deseo toca,
Amor que está en los ojos retratado
Y que sale en palabras por la boca.
Es el primo jovial y calavera,
Jugador, pendenciero,
Jóven como los jóvenes del día,
Que creen que toda niña casadera
Al *¿me quieres?* contesta con *te quiero*
Y *seré tuya* al *¿quieres tú ser mía?*
Uno de esos galanes
De la eterna comedia
De *quién engaña á quién*, representada
Desque al mundo vinieron los Don Juanes,
Comedia con sus puntos de tragedia,
Por el honor y la virtud silbada.
Palomas inocentes,
Ávidas de querer y ser queridas,
Que escuchais diligentes
Palabras fementidas
Del amante que llega á vuestra puerta,
No tengais nunca la del pecho abierta,
Vivid apercibidas;
Que en las luchas de amor permite el Cielo,
Al triunfo indiferente,
Que venza el criminal al inocente.

IV.

Mi prima es muy hermosa—dijo el primo—
Y siendo tan hermosa,
Amo en ella otra cosa
Que en mucho más que la hermosura estimo:
La quiero para esposa;
Cansado estoy de andar de rama en rama;
Á muchas engañé, pero á mi prima
La amo de véras si en el mundo se ama!
Así el jóven vicioso discurria,
Mirando embelesado á Rosalía,
La cual, al reparar en la mirada
En que su amante primo la envolvía,
Tembló casi asustada,
Como flor por el viento acariciada.
Y aprovechando el primo aquel instante,
«Yo te amo» le dijo muy de quedo,
Y al «te amo» aquél, cubrióse su semblante
De ese pálido tinte que dá el miedo.
Y corriendo la pobre Rosalía,
Áun más que viva, muerta,
En la alcoba se entró, cerró la puerta....
Y acaso esté llorando todavía.

V.

Don Juan, aquel aborto del infierno,
De doña Inés se prenda de tal suerte,

Que por su amor halló tras de la muerte,
No castigo cruel, sí premio eterno.
Fausto, el Doctor, adora á Margarita,
Y no por ser la jóven muy bonita;
Pierde Fausto la calma
Al ver todo lo hermoso de aquella alma.
En resúmen, el vicio
Á la virtud adora:
El por qué y para qué yá es otro cuento,
Que no es del caso ahora.

VI.

Rosalía, la pobre Rosalía,
«Que no durmió la noche de aquel día,»
Pasa una y otra hora
Pensando en.... no sé qué, siendo lo grave,
Que ni ella misma lo que piensa sabe.
Tiene ánsias de llorar, pero no llora;
Siente accesos de pena y alegría,
Y en contínua inquietud, mirando al Cielo,
Para no sé qué mal pide consuelo.
Sin duda que se cree gran pecadora,
Pues besando la cruz que al cuello lleva
(Y en esto de besar toda hija de Eva,
Sin pasar por las áulas, es doctora,)
«Soy muy mala,» llorando repetía,
Y luégo, de repente, sonreía
Como sonríe la naciente aurora.
«Él me dijo.... no sé lo que me dijo;

¡Mas fué malo; de fijo!
¡De un modo me miraba!...
Me dijo.... que me amaba, ¡qué pecado!
Sin duda lo he soñado....
Que me amaba ¡Dios mio!
¡Siento una pena, y un calor, y un frío!»
Y el primo que á su prima idolatraba,
Ó al ménos, él así se lo creía,
Esta carta escribió, que fué certera
Á herir el corazon de Rosalía.
Carta, que, entre paréntesis comento,
Para mejor ilustracion del cuento:
«Dios, prima, me es testigo
De que siempre soñó mi pensamiento
Una vida de amor, pero contigo.»
(Aquí una admiracion.) «Late violento
Mi corazon cuando á tu lado paso;
Oigo tu voz en el rumor del viento,
Y de tus ojos en el sol me abraso.»
(Aquí, y en larga hilera,
Los puntos suspensivos que cualquiera
Amante tierno en su favor invoca.)
«Tu nombre es el encanto de mi boca
Y mi eterno suspiro,
Tu imágen hechicera,
Tan unida está á mí y á mi deseo
Que al espejo me miro
Y en vez de verme, tu semblante veo.»
(Plagio de Campoamor; pero, lectora,
Un plagio es disculpable en quien adora.)
«¿No es verdad, alma mía,

Que es muy bello el amor y ser amado?
Si supieras cuán grande es mi agonía,
Cuánto por tí he llorado!»
(Aquí un renglon borrado,
No sé si por las lágrimas.) «¿Me adoras
Cómo te adoro yo? Dí, Rosalía,
Cuando piensas en mí ¿tú tambien lloras?
Dime, por Dios, si ha de venir el día
En que premiando mi constante anhelo,
¿Te he de llamar yó mía,
Los dos haciendo de la tierra cielo?»

VII.

Oh, tú, lectora, que la históría escuchas
De la inocente y pura Rosalía,
Tú podrás comprender, cómo otras muchas,
Volviendo el pensamiento á lo pasado,
Lo que sintió al leer la carta aquella
Un ángel de los cielos desterrado:
Primero fué temor de un mal muy grave;
Luégo curiosidad incitadora;
Más tarde esa ansiedad que nadie sabe
Más que aquel que llorar quiere y no llora;
Suspiro que en la boca muere ahogado
Y que al nacer el corazon dilata;
Ese mirar á un lado y á otro lado
De aquel que de sí mismo se recata;
Ese cerrar los ojos un momento,
Cual si asustada, ni mirar quisiera

La sombra de su propio pensamiento;
El despertar del alma adormecida
Á la ilusion primera,
En la dulce y risueña primavera
Del amor, primavera de la vida!
Quién ¡ay! decir pudiera
Lo que sintió leyendo Rosalía!
Y aunque ella no quería
Ni acercar al papel la blanca mano,
El caso es que leia y releia,
Y que el miedo cerval que la embargaba
Disipándose fué cual humo vano
Conforme en la lectura adelantaba.

VIII.

¿Rosalía ama al primo? De contado:
Un mes aún no ha pasado
De la lectura de la carta aquella,
Y la tierna doncella
Del mundo, del convento se ha olvidado.
«Yo adoro la virtud en Rosalía,
No adoro la belleza,
El primo repetia,
Mi redencion con su cariño empieza.
Ella es el ángel que mis penas calma
Dando á mi mal consuelo;
La adoro, porque el Cielo
Envidia la pureza de su alma.

IX.

Primero fué el mirarla embebecido;
Luégo estrechar su mano
Y hablarla de un placer desconocido,
Luégo el mentir villano;
Luégo, en dulce embeleso,
Sellar sus lábios con ardiente beso.
Y la inocente y pura Rosalía,
Que de amor por su primo se moría,
Inocencia y pureza fué perdiendo;
Y á cada flor, que triste deshojaba,
Una encendida lágrima vertía,
Y el favor concediendo,
«¿Será malo?» á su primo preguntaba.

X.

No es Rosalía yá la niña aquella
Criada entre los muros del convento;
Yá no le asusta el murmurar del viento
Ni la dulce querella
Del amante rendido que le adora:
Rosalía es ahora,
Por obra y gracia de su ciego primo,
Una alegre y hermosa pecadora,
Ávida de venturas y placeres,
Una de esas mujeres

Que quieren engañar á tierra y cielo,
De la virtud cubiertas con el velo.
Es Rosalía, en fin, obra acabada
Del primo que á su prima tanto estima,
Y por él educada,
De tal primo es, al fin, digna tal prima.

XI.

«Yó adoro su candor, no su belleza
El primo repetía,
Mi redencion con su cariño empieza.»
Mas cuanto más amaba á Rosalía,
Más de su amor el Cielo se burlaba
Porque de día en día
Fué perdiendo aquel ángel la pureza
Que su serena frente iluminaba.
Y cuando aquel vicioso arrepentido,
Cansado de su vida licenciosa,
Se decidió por fin á ser marido,
Ó á tener una esposa;
Al tálamo nupcial llevar creyendo
La virtud en su prima Rosalía,
Sólo estrechó en sus brazos á una hermosa,
que fué pura, muy pura en otro dia.

Enero, 1874.

LA MEJOR POESÍA

Á BENITO MAS Y PRAT.

La pluma entre los dedos,
La cabeza inclinada,
Busca el poeta un pensamiento, ansioso,
Que yá el papel aguarda.
Contra su dulce seno,
De su tesoro avara,
La amante esposa del poeta, al hijo
De su cariño abraza.
«Mira, mira á tu padre,
—Así la esposa exclama—
Jamás vertió al papel, para su niño,
Ni una sola palabra.»
«¡Jamás!—dice el poeta,
Posando su mirada
En el hijo y la madre, que sonríe
Y halaga una esperanza.—
¿Jamás?... Vén á mis brazos,
Angel de níveas alas;
¡Vén que el papel espera yá impaciente
Que vierta en él mi alma!...

¡Imposible, bien mio!
¡Ni una idea me asalta!
No soy poeta, nó; yo soy tu padre,
Tu padre, que te ama.»
Dijo, y ardiente beso
Sonó á poco en la estancia....
¡En blanco está el papel! ¡Oh poesía
Sentida y no explicada!

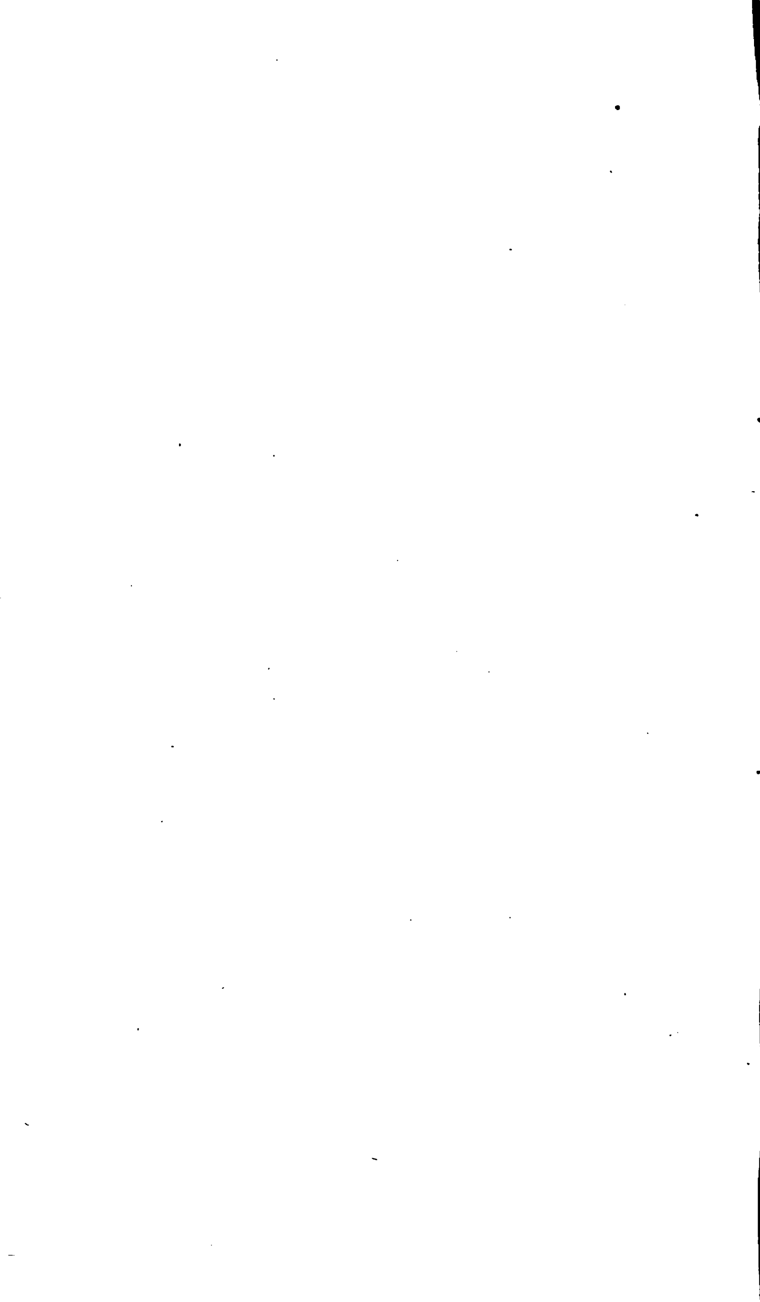
Febrero, 1875.

*
* *

Fuentes, aves y flores,
Çielo sin nubes, árboles frondosos!
Este parage para mí es muy triste
Si el sol no alumbra de tus claros ojos.

Nublado cielo, solitarias tumbas,
Cementerio medroso!
No hay parage más bello, iluminado
Por el sol puro de tus claros ojos

Allí donde tú estés, hermosa mia,
Allí tengo mi gloria y soy dichoso;
Y á un jardin es igual un cementerio,
Si el sol alumbra de tus claros ojos.



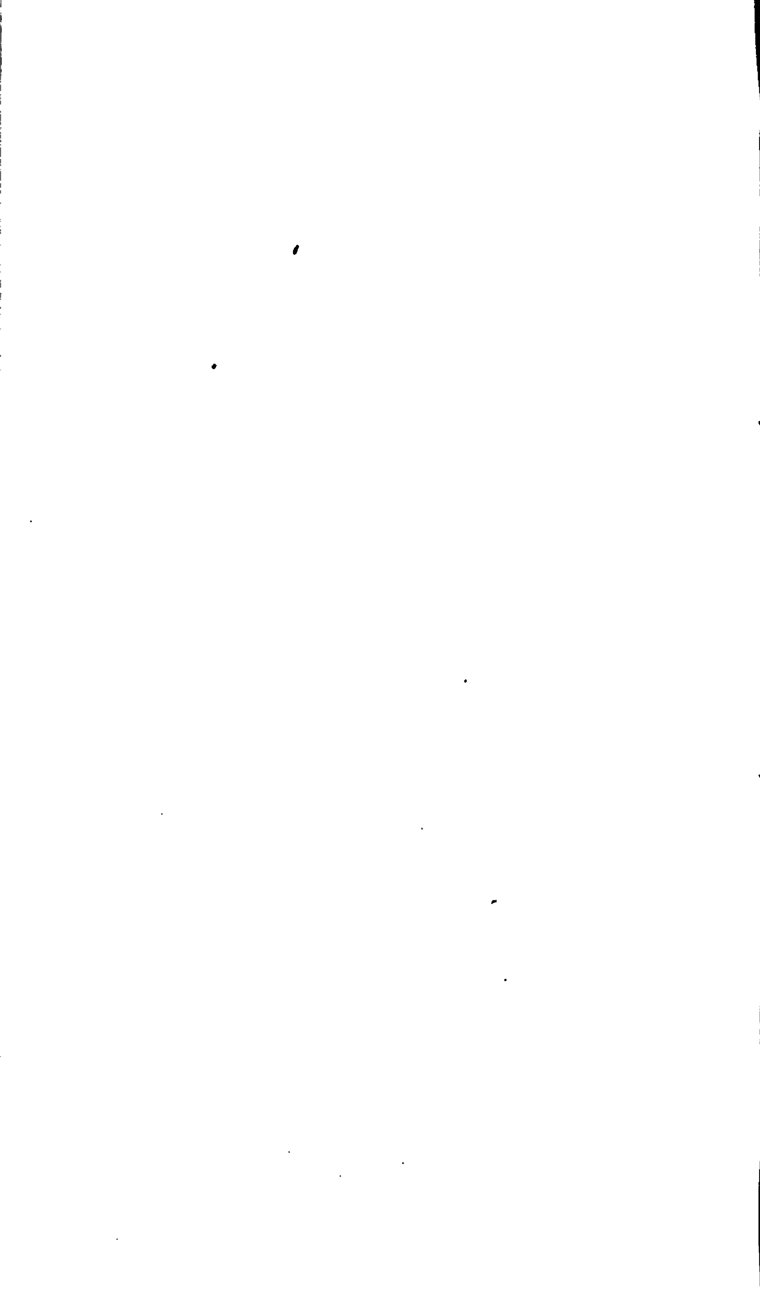
PODER DEL ARTE

AL SR. D. LUIS DE SOTO.

En vano vá el pobre ciego
A pedir una limosna;
En vano dice sus penas,
En vano una noche y otra.

Tomó un dia la guitarra,
Aprendió cuatro ó seis coplas
Y para él, desde entónces,
La caridad no está sorda.

Yo dije un tiempo mis penas
Y no hallé un alma piadosa;
Hoy, como el ciego del cuento,
Canto para que las oigan.



La calle de la Amargura.

AL SR. D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

I.

Léjos del mundo y de su cruda guerra,
Para andar apoyándose en el Cielo,
El Padre Sebastian cruza la tierra,
De sacerdotes ejemplar modelo.
Mundo, demonio y carne, en otro dia,
Sobre él se avalanzaron á porfía,
Y luchando con ellos vigoroso
Salió de la contienda victorioso;
Mas siempre quedan de batallas tales
Impresas en el alma las señales;
Y el vencedor valiente,
Que del triunfo se ufana,
En su cabeza, al fin, halla una cana
Y una arruga en su frente.
¡Quién! ¡ay! cómo aquel Padre de la historia,
No cuenta en su carrera una victoria!

Yo, triste y sin fortuna,
Ayer entre delicias arrullado
En mi dichosa cuna
De mi madre infeliz por los cantares,
Tanto he luchado yá, tanto he vencido,
Que corono mi frente de pesares
Y tengo el corazon de muerte herido!

II.

Vive solo aquel hombre, si es que vive
Quien siempre vive á solas,
En un lugar que bañan incesantes
Del oceáno las revueltas olas.
Comparte con el rezo y la lectura
Los ratos de su vida más risueños;
Sueña á orillas del mar... ¡Tienen sus sueños
La grandeza del mar y su amargura!
Ageno á los pesares y desvelos,
Que saltan de la vida en los abrojos,
Siempre al cielo y al mar miran sus ojos,
Amantes de los mares y los cielos.
El bien porque es el bien, porque es Dios mismo,
Su corazon inflama,
Y de su corazon en el abismo
Arde de la virtud la pura llama.
Si alguien con vivo anhelo
«Siempre estais solo,»—dícele—al instante
Contesta con la risa en el semblante:
«En la tierra está el mar; Dios en el cielo.»

Sin que nunca se escape de su boca
Una queja, un suspiro ó un reproche,
Entre las olas del revuelto mundo,
El Padre Sebastian es cual la roca
Que en médio el mar y en la callada noche
El alto cielo con la frente toca.

III.

Al pié de parda loma,
Del Padre Sebastian se vé la casa,
Humilde cómo un nido de paloma:
El viento de la mar, que alegre pasa
Por sus muros, la orea
Agitando la parra que sombrea
El portal donde reza á todas horas.
Allí una tarde, cómo todas, piensa,
Con el libro que tiene entre sus manos,
En que es de Dios, cómo la mar, inmensa
La bondad á los míseros humanos.
«Señor,—dice, dejando la lectura
Y fijando los ojos en el cielo—
Calma, Señor, el incesante anhelo
Que siento de volar hácia la altura:
Ageno al mundo, á su esplendor y galas,
Cruzo la tierra en vuelo presuroso;
Ave que pasa el oceáno undoso
Sin tocar las espumas con sus alas.»
Y á algo atentos la vista y el oido,
Creyó escuchar, entre el rumor del viento,

Una voz nunca oida, un vago acento
Del azul de los cielos desprendido:
«Espera en mí con esperanza cierta;
Mas para estar conmigo es necesario
Llegar hasta la cumbre del Calvario
Que abre del Cielo la cerrada puerta.»
Dijo la voz, y por los aires suena
Un rumor apacible, semejante
Al de la ola cuando vá espirante
Á besar por vez última la arena.

IV.

Ante el buen sacerdote arrodillada,
Una mujer hermosa y sin fortuna
Contando está sus penas una á una,
En la dulce esperanza confiada
De que aliviar consiga su quebranto
Con su bondad y su virtud el santo.
«Yo nací para amar:—así decía,
Fijos siempre los ojos en el suelo —
Cuando vine á este mundo, allá en el Cielo
La estrella del amor me sonreia.
»Muy niña aún, soñando en lo ignorado,
Fraguaba con indócil pensamiento
Lo que llaman castillos en el viento,
Lo que soñé y no he visto realizado.
»Sola en el mundo, con el alma inmensa,
Con ánsias de querer y ser querida,
Pensaba en el amor como se piensa

Al pisar los umbrales de la vida.
»¡Amar! Amar, y unida en lazo eterno
Á un sér que con el alma nos adora,
Yó no sé si es la gloria ó el infierno;
Mas si el infierno es ¡venga en buen hora!»
Y el Padre Sebastian escucha mudo
Á la mujer postrada ante su planta,
Y quiere hablar, y siente cómo un nudo
Que aprieta fuertemente su garganta.
«Siempre han sido los sueños mi manía,
Igual á todas las mujeres pasa;
Más que todos, uno era mi alegría:
¡El sueño de mis hijos y mi casa!
»Ah ¡mis hijos, mi casa!»—Y sonriendo,
Aquì dejó su historia interrumpida,
Miró al Padre y siguió:—«Yo no comprendo
Lo que sería sin amar la vida!
»Como jamás ha sido amado un hombre,
Á un hombre amé, y le adoré tan loca
Que todavía, al pronunciar su nombre,
Siento abrasarse de placer mi boca.»
—«Calmad esa pasion; ved, Magdalena,—
Dijo el Padre por fin—que es humo vano
El amor que sentimos por lo humano;
Humo, sombra, vision, grano de arena.»
Y la mujer, en loco desvarío,
Clavando en la del Padre su mirada,
Dijo, por la pasion arrebatada:
«¿Vos nunca habeis amado, Padre mio?»
«Amo á Dios, el amor de los amores;—
Contesta el Padre Sebastian turbado—

Él alumbra en el sol, vive en las flores
Y el mar á su poder ha encadenado:
»Sólo este amor es grande y verdadero;
Creedme, Magdalena; en el camino
De la vida, él alumbra al pasajero
Guiándolo al final de su destino.»
Y siguió Magdalena de esta suerte,
Mirando al sacerdote un largo rato:
«Herido el corazon tengo de muerte
Desde que fuí olvidada del ingrato!
»Mas pronto acabarán estos dolores,
Pronto hallaré consuelo á mis pesares....
¿No sabeis? El amor de mis amores
Me aguarda en lo profundo de los mares!
»¡En el fondo del mar! Si cruda guerra
Al amor hace el mundo despiadado,
En el fondo del mar, allí se encierra
El amor de los cielos desterrado!»
El Padre Sebastian clava anhelante
Su mirada en la pobre pecadora,
Y cree ver en su pálido semblante
Algo del mar, del cielo y de la aurora.
Y viendo aquellos ojos donde ardía
De un amor infinito el desconsuelo,
Sintió un afan... el mismo que sentía
Cuando á orillas del mar miraba al cielo.
Y siguió la mujer: «Mi desventura
Mofa es del mundo que me llama loca,
Loca, es verdad; de amor es mi locura!»
Y alzándose la pobre penitente:
«¡Loca de amor!» exclama, y entonando

Una cancion se aleja de repente,
Cómo la dulce Ofelia,
Cogiendo flores y á la par llorando.
Y el Padre, sin creer lo que está viendo,
Mira aquella vision desvanecida
É inconsciente repite: «¡No comprendo
Lo que sería sin amor la vida!»

V.

Á orillas de la mar, que duerme en calma,
Vagando un hombre, á solas,
Piensa en el mar, hermano de su alma,
Del alma que tambien tiene sus olas:
«¿Puede el que á Dios su corazon entrega
Amar á un sér en el que Dios reside?»
Y en vano, en vano la respuesta pide
Al mar que hasta sus piés tranquilo llega.
«Desde la tarde aquella á la que inmolo
La mitad y algo más de mi conciencia,
Toco la realidad, me encuentro solo
Y bendigo, no obstante, mi existencia.
«¡Pobre loca! su amor infortunado
Será, tal vez, lo que me causa pena...
¡Qué hermoso debe ser verse adorado
Por un ángel de amor cual Magdalena!
«Amar! Amar!.... Mi corazon abrasa
Una hoguera voraz nunca sentida;
Y sueño, y allá léjos veo mi casa,
Mis hijos y mi amor ¡toda mi vida!»

Y aquel hombre tres veces desgraciado
Exclama con dolor: «¡Si yó no puedo,
Si yó vivo á estar solo condenado!
Si mi insensato amor me causa miedo!»
Y el mar, dejando su apacible calma,
Azota con violencia las arenas:
Pero es mayor la tempestad del alma,
Del alma, que es océano de penas!

VI.

Á orillas de la mar, vagando á solas,
Del mar al parecer enamorada,
Vé el pueblo á una mujer desventurada
Á quien llama la loca de las olas.
¡La loca de las olas! Magdalena,
Imágen fiel de la tristeza mía,
Que edifica castillos en la arena,
Que jura que el amor no es flor de un día;
Que llorando el dolor de los dolores
Espera hallar consuelo á sus pesares,
Pues cree ¡loca feliz! que sus amores
La esperan en el fondo de los mares.
Y cree, dichosa con su error viviendo,
Que á orillas de la mar está á su lado;
Y besa el agua con pasion, creyendo
Besar la frente de su dulce amado.
¡Loca feliz! inmensa es tu ventura,
Pues Dios, de tus pesares conmovido,
Te hizo loca de amor y es tu locura
Muro que te defiende del olvido!

VII.

Pasa un dia y un año pasa luégo,
Y el Padre Sebastian, en cruda guerra
Consigo mismo, abrásase en el fuego
De su imposible amor aquí en la tierra.
Y siempre en lucha, exclama suspirando
Fijos los ojos en la inmensa altura:
«Mi pasion es amar: yá voy entrando
Por la calle fatal de la Amargura.»
Y es el recuerdo de la pobre loca
Lo que abate su frente dolorida,
Y áun dormido se escapa de su boca
Un nombre que es tormento de su vida.
Y aquel hombre, tres veces desgraciado,
Exclama sin cesar: «¡Si yó no puedo!
Si yó vivo á estar solo condenado!
Si mi insensato amor me causa miedo!»

VIII.

¡Loca feliz! Pensando en sus amores
Cree verlos en el fondo de los mares,
Y junto al mar cantando
Está la relacion de sus pesares.
De pronto, la mirada
Clava en el mar ansiosa,
Lanza al aire una alegre carcajada

«Y al fin soy yá tu esposa»
Exclama enagenada.
Luégo, á la luz de la argentada luna,
Vióse flotar sobre las ondas frías
Á una mujer hermosa y sin fortuna,
Que enloqueció de amor en otros dias.
Fueron las flores que ciñó á su frente
Las algas mústias; las espumas, velo
Que acarició su rostro sobrehumano;
El rugido del mar indiferente
Fué la cancion de sus malditas bodas
Y el tálamo nupcial el oceáno.

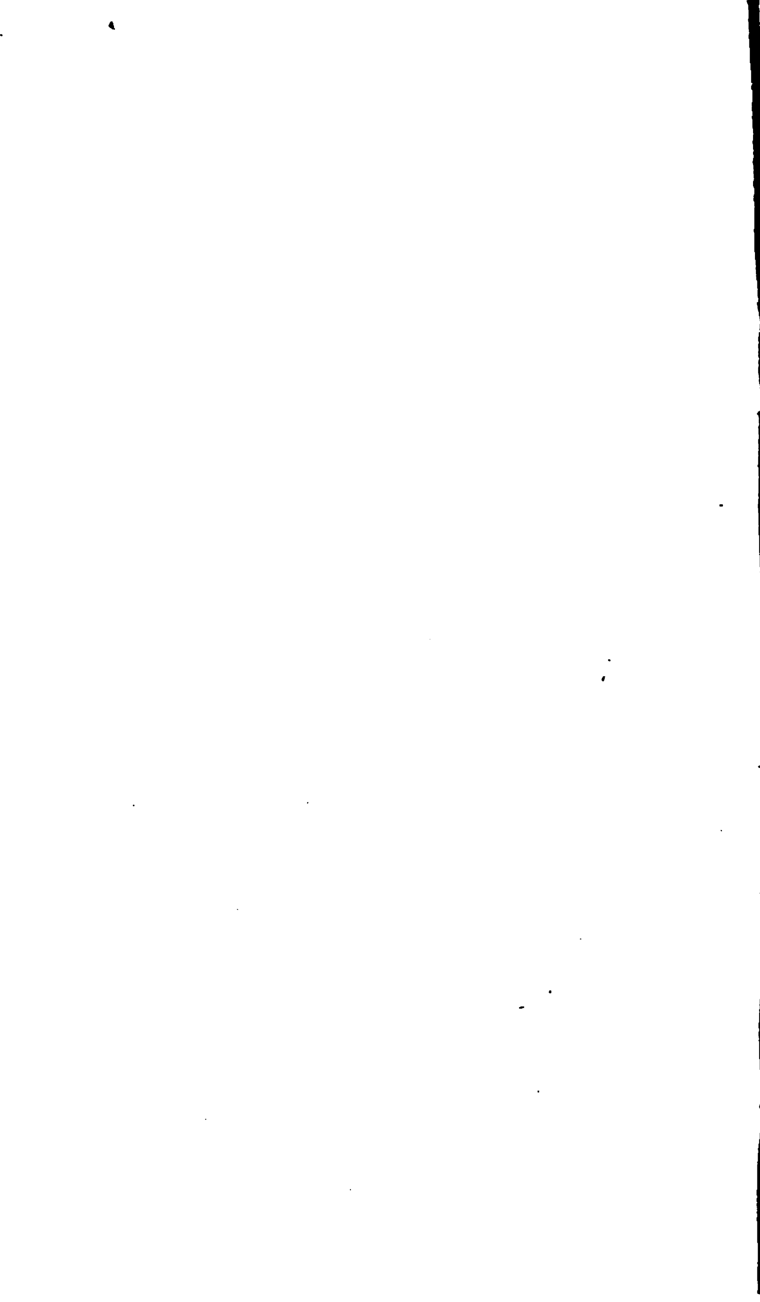
IX.

Vagando sólo con su amarga pena
Á orillas de la mar aquella noche,
Vió el Padre Sebastian á Magdalena,
Al parecer dormida
Sobre la blanda arena.
«Magdalena!» exclamó, pero fué en vano;
«Magdalena!» gritó con desconsuelo,
Y al tocarla en la frente con la mano:
«¡Fría,—exclamó—tan fría como el hielo!»
Y clavando sus ojos en la altura,
Ante aquella mujer arrodillado:
«Señor,—gritó—Señor de lo creado,
Muévate mi dolor ó mi amargura.
Con mi destino en guerra,
Olvidé un tiempo el cielo por la tierra,

Y un tiempo fué que, en fatigoso anhelo,
Me olvidé de la tierra por el cielo.
Señor, si es necesario
Para volar á la celeste altura
Llegar hasta la cumbre del Calvario,
¿Para mí cuando empieza la ventura?»
Y el mar, dejando su apacible calma,
Azotó con violencia las arenas;
Pero es mayor la tempestad del alma,
Del alma, que es océano de penas.

X.

En un ángulo oscuro
Del triste cementerio,
Al pié del pardo muro,
Envuelta de la sombra en el misterio,
Una fosa cavaron
Y un cadáver en ella sepultaron.
Un rayo de la luna silenciosa,
Movida á compasion, cae desde el cielo
Sobre la triste fosa;
Y por designios de la airada suerte,
Quien siempre vivió solo,
La soledad tambien halló en la muerte.



Á LA SRTA. DOÑA A. S.

Hoy vuela á tí con invisibles alas
El pensamiento mio,
Imágen fiel de un alma, que si vive,
Vive por tu cariño.

Podrá la suerte, de los dos celosa,
Separar nuestros cuerpos;
Nó desligar los amorosos lazos
Con que nos une el cielo.

Alza la frente que al dolor abates
Y mírate en mis ojos:
La luz que en ellos encendiste un dia
Hoy es volcan en que me abraso loco.

Seca ese llanto que tus ojos quema,
Dulce bien de mi alma;
Luzca á través de tus amargos duelos
Un rayo de esperanza.

Llore aquel que en las sombras de la noche
Á su afan dá salida;
No quien siente ese amor que no se oculta
Del resplandor del dia.

Llore el que, triste, sin hogar viviendo,
Siente en el alma frio,
Cómo en el crudo invierno llora el ave
Que no labró su nido.

¿Qué ventura mayor, qué bien más grande
Que amar y ser amado?
Llore el que sólo de egoismo vive,
Sin que brote una flor ante su paso.

Amor, encanto de los mismos cielos,
Reflejo de otra vida;
Amor, cómo este amor que nos alienta,
Es fuente de alegría.

¡Amor es bendicion que desde el Cielo
Cayó sobre la tierra;
El lazo misterioso que nos une
Con la infinita Esencia!

¡Amor es luz que al universo alumbra
Sirviéndole de guía;
Amor es la nacion, amor el pueblo,
El hogar, la familia!

No llores, nó, porque en tu dulce pecho
Prendió el amor su llama:
Amor es redencion, luz de mis ojos;
El bien y la verdad, fondo del alma.

Al Sr. D. Francisco Alvarez y Aranda.

Érase un ave de rizadas plumas,
De pardas álas y nevado cuello,
Un hijo de los aires que bebía
El purísimo azul del claro cielo.

No están libres las aves
De amar, y la del cuento
Pronto halló su dichosa compañera,
Y juntas en un árbol nido hicieron.

Cierto dia, bañándose en la fuente,
Un cazador artero
Sorprendió á un ave de las dos del nido
Y dióle muerte con traidor intento.

Desde entónces volando solitaria
En torno de la tumba de su dueño,
Cantó un ave y cantando
La sorprendió la nieve del invierno.

Mas una tarde, triste,
Hácia el agua tendió rápida el vuelo,
Cantó por la vez última,
Sepultóse en la fuente.... y murió luego.

En las ramas de un árbol,
Que columpian los vientos,
Quedó desierto un nido
Caliente aún por encendidos besos.

Tambien mi pobre nido,
Tambien quedó desierto!
Tambien yó canto triste
Vagando al rededor de un cementerio.

Diciembre, 1878.

*
* *

Viajero melancólico,
Voy cruzando el desierto de la vida,
Cargado con la cruz de mis dolores,
Ageno á toda dicha.
Como tristes fantasmas
De la noche sombría,
Cruzan por mi camino
Séres que viven con el alma herida.
Ellos son: ¡los que lloran
La dulce fé perdida,
Náufragos en el mar de sus dolores,
Desterrados á un mundo de desdichas;
Los que vieron hundirse de repente
El palacio ideal de su alegría;
Los que sin álas remontando el vuelo
Van en pos de una sombra fugitiva;
Los que lloran perdidos sus hogares,
El calor de la casa y la familia,
Aves sin nido, que, volando tristes,
Tienen la soledad por compañía!
Decidme, desterrados—
Sombras vivientes, almas aflijidas—
¿Cuál es nuestro delito, cuál la culpa,

Que con tan dura pena se castiga?...
¡Harto lo sé! Soñar es nuestro crímen,
Y sentir y pensar: la culpa misma
En sí lleva la pena, que concluye
Con el postrer suspiro de la vida.

Julio, 1874.

El rayo de Sol.

Al Sr. D. José Lamarque de Nóvoa.

I.

Un mundo es un convento;
Dios sus ámbitos llena;
Allí es la libertad del pensamiento
La libertad que arrastra una cadena.
La vida no disfruta de otra suerte
Que correr, de la vida segregada,
En brazos de la muerte;
Todo lo que no es Dios allí no es nada.
Una iglesia sin luz; un cementerio,
Sin galas ni inscripciones,
Donde la misma muerte es un misterio
Que flota entre los blancos panteones;
Desiertos claustros, silenciosas celdas
Desprovistas de encantos y de galas,
Donde apénas se escucha el ruido de álas

Que hacen dentro su nido las palomas;
Un huerto y una fuente,
Y flores sin color y sin aromas.

II.

¡La Madre Encarnacion! Sabed su história:
Amó en el mundo con ferviente anhelo;
Amó, mas no la amaron,
Y abandonando la mundana escoria,
Olvida á un hombre porque adora al Cielo.
Frisa yá en los cuarenta,
Y veinte años de olvido,
Que uno á uno sonriendo cuenta,
Á solas en su nido,
Marchitaron las gracias de su encanto,
Las flores de su cándida belleza:
¡Ah, quien olvida tantó
Qué flor ha de ceñir á su cabeza!
Alguna que otra vez, de tarde en tarde,
Siente algo que le hiere
Dentro del corazon, y «alma cobarde,
—Exclama suspirando,—
No es más que otro recuerdo que ahora muere.»

III.

De Ángela, su educanda,
Cuida la Madre Encarnacion; en ella

Mira lucir la misteriosa estrella
Que el convento ilumina:
Lucero melancólico
Que en la callada noche
Del viajero los pasos encamina.
Ángela es la alegría del convento;
El pájaro enjaulado
Que alegra con su acento
Aquel lugar á la expansion cerrado.
Las buenas Madres, que jamás sintieron
Otro amor en sus almas
Que amor divino y santo,
Ciñendo de las vírgenes las palmas,
Amaban á la dulce criatura,
Siendo en besos de amor harto prolijas,
Sintiendo la ventura
De las madres que besan á sus hijas.
¿Quiénes fueron sus padres? ¿Cuándo y dónde
Por vez primera vió la luz del día?
Ni ella lo supo: despertó su mente
En la mansion sombría
Donde la amada de Jesus se esconde,
Y se meció su cuna
Del cláustro en los confines,
Por las voces del órgano arrullada
Y el canto de mortales serafines.

IV.

Ángela es niña aún; lleva en sus ojos
Un poema de luz por Dios escrito;
Al mirarla parece
Que estamos frente á frente á lo infinito.
En años y belleza crece, y crece
Entre el claustro, el jardin y el cementerio,
Sin sospechar siquiera
Que en el mundo infeliz en que vivimos
Un año que ganamos
Es un año de vida que perdimos.
La Madre Encarnacion, allá á su modo,
Le ha hablado de la vida y de la muerte;
Le ha enseñado mil cosas,
Sobre todo de ciencias religiosas;
Y sabe que la niña que no es buena
No es amada de Dios y no vá al Cielo;
Sabe cuidar á un ave
Y hacer escapularios y confites;
Sabe... ¡Jesus, lo que la niña sabe!...

V.

Una celda es un nido de paloma;
Falta el azul del cielo, pero en calma,
Si falta el cielo azul, risueño tiene
Todo el cielo de un alma:

Aquí el escapulario, allí las flores;
En la pared la imágen de María,
La Madre del amor de los amores,
Y la del buen Jesus en la agonía:
Un pájaro que canta, prisionero,
Para alegrar sus penas,
Emblema verdadero
Del cautivo que llora entre cadenas
Para ablandar al duro carcelero;
Dulces, flores, rosarios.... no hay espejos,
Y no su falta es ocasion de enojos,
Que el alma de una vírgen de pureza
Se mira en el espejo de sus ojos.
Allá, cerca del techo, una ventana,
Á través de la cual, léjos, muy léjos,
Un algo azul se vé, dicha lejana,
Tal vez de una esperanza los reflejos.
Á través de las rejas, por la noche,
Un rayo de la luna desprendido
El blanco lecho baña;
Parece que, dormido,
En su sueño á la vírgen acompaña.

VI.

¿Cuál es la luz primera
Que el mundo de las almas ilumina?
¿Es el alma hechicera
Que lo presente aclara,
Explica lo pasado

Y el porvenir, de sombras rodeado,
Con su poder diabólico adivina?
Entre flores y santos,
De Ángela se desliza la existencia
Apacible, tranquila, silenciosa;
Pasando ván los días; pasan tantos,
Que el capullo yá es rosa,
La crisálida ayer, hoy mariposa.
Dios sabe la razon, pero es lo cierto
Que Ángela llora cuando al cielo mira
Y cuando el ave prisionera canta:
Y quiere suspirar y no suspira,
Porque muere el suspiro en su garganta.
Ángela yá no juega con las flores,
Ni hace dulces, rosarios y primores,
Ni turba la quietud ni la paz santa
Del claustro con su acento,
Que Ángela yá no canta
Corriendo por los pátios del convento.
Aquella mutacion de risa en llanto
Sólo á la Madre Encarnacion extraña,
Y consulta el asunto con un Santo
Que no puede engañarse y que no engaña.
El Santo no la saca del apuro,
Y piensa Encarnacion para su toca,
Que en caso tan oscuro
Ella no debe desplegar su boca.
«En cábalas me pierdo,
—Dice aquella mujer, amante un día—
Si juzgára por mí, yo juraría
Què la culpa la tiene algun recuerdo.»

VII.

Decidme, Madre Encarnacion, decidme,
—Ángela así exclamaba—
Vos que sabeis las cosas que yo ignoro,
¿Por qué al cantar el ave, mi alegría
Se convierte en raudal de amargo lloro?
Mil veces me habeis dicho
Que hay un mundo además de este convento;
Habladme de él, señora:
¡Si viérais qué capricho
Desde hace tiempo el alma me devora!
Poned la mano aquí; late violento
Mi pobre corazon acongojado....
¿Vos, Madre, en ese mundo habeis vivido?
—En él un tiempo, por mi mal, he estado,
Pero yo, yá se vé ¡todo lo olvido!
—La otra noche dijísteis,
En sueños, que...
—¿Pero en mis sueños hablo?
—Hablábais de un amor...
—¡Jesus! El diablo,
El mismo Satanás sin duda ha sido.
—Eran cosas tan dulces y tan bellas,
Que, siendo para mí desconocidas,
Al acordarme de ellas...
—Haces mal, y muy bien si las olvidas.
—Siento un afan tan grande, tal deseo
De vida, y luz, y libertad... ¡Dios mío,

Cuanto á mi lado veo,
Me asusta, me dá frío!
Ayer, perdon os pido, Madre mía
(Ninguna Madre lo ocurrido sabe,)
Sola en la celda, en ver me entretenía
Dentro su jaula al ave,
Que muy triste, muy triste, se moría.
Bajo el ala escondida la cabeza,
Más que canto, su acento era un gemido
De profunda tristeza;
Yo la miraba sin hacer ruido...
Poco á poco las alas agitando
Fué volviendo á la vida
Y, la cabeza erguida,
Con más alegre voz siguió cantando:
Y fué que penetrando
Á través de los hierros de la jaula,
En lánguido embeleso,
Dulce rayo de sol tibio y suave,
Con cariñoso beso
Volvió la vida al ave.
—¿Y es eso todo...?—Si culpable he sido,
Aquel rayo de sol la culpa tuvo,
Que aquel rayo de sol habló á mi oido.
De su prision la puerta
Al pajarillo abrí, saltó gozoso,
Se posó en la ventana,
Vió desde allí su jaula yá desierta,
Me miró cariñoso,
Batió las alas y tendiendo el vuelo
Le ví perderse en el azul del cielo.

VIII.

Ángela ahora se llama
La Esposa del Señor; de su cabeza
La virginal corona arrebataron
Y sin piedad segaron
Los rizos que ensalzaban su belleza.
Á aquella agitacion, á aquel deseo
De un suspirado bien, que sintió un día,
Ha sucedido la quietud, la calma,
Pero esa calma fría
Que se impone al dolor que sufre el alma.

IX.

¡Pobre mujer! La muerte fué piadosa
Y el lazo desató que la oprimía:
Esposa del Señor, nó amante esposa,
La libertad su espíritu quería,
Y al fin plugo á la suerte
Que el ánsia de vivir que sintió un día
La saciára la muerte...
¡Qué mayor bien apetecer podía!

X.

Tiene su cementerio aquel convento
En un sitio apartado,

De lúgubres cipreses adornado.
Las Madres, cuidadosas
De sus muertas hermanas,
Han plantado un rosal, que no dá rosas
Aunque lo riegan todas las mañanas.
Silvestres margaritas
Al pié de los sepulcros se alimentan,
Y algunas Madres cuentan,
De terror embargadas,
Que son aquellas flores
Las almas de las monjas enterradas.

XI.

Despues, ignoro cuándo,
Y tampoco lo dice la conseja,
Cansada de olvidar, y no olvidando,
La Madre Encarnacion murió de vieja.
Y claramente veo
Que si el recuerdo del dolor no mata,
Nos mata al fin abrasador deseo.

1878.

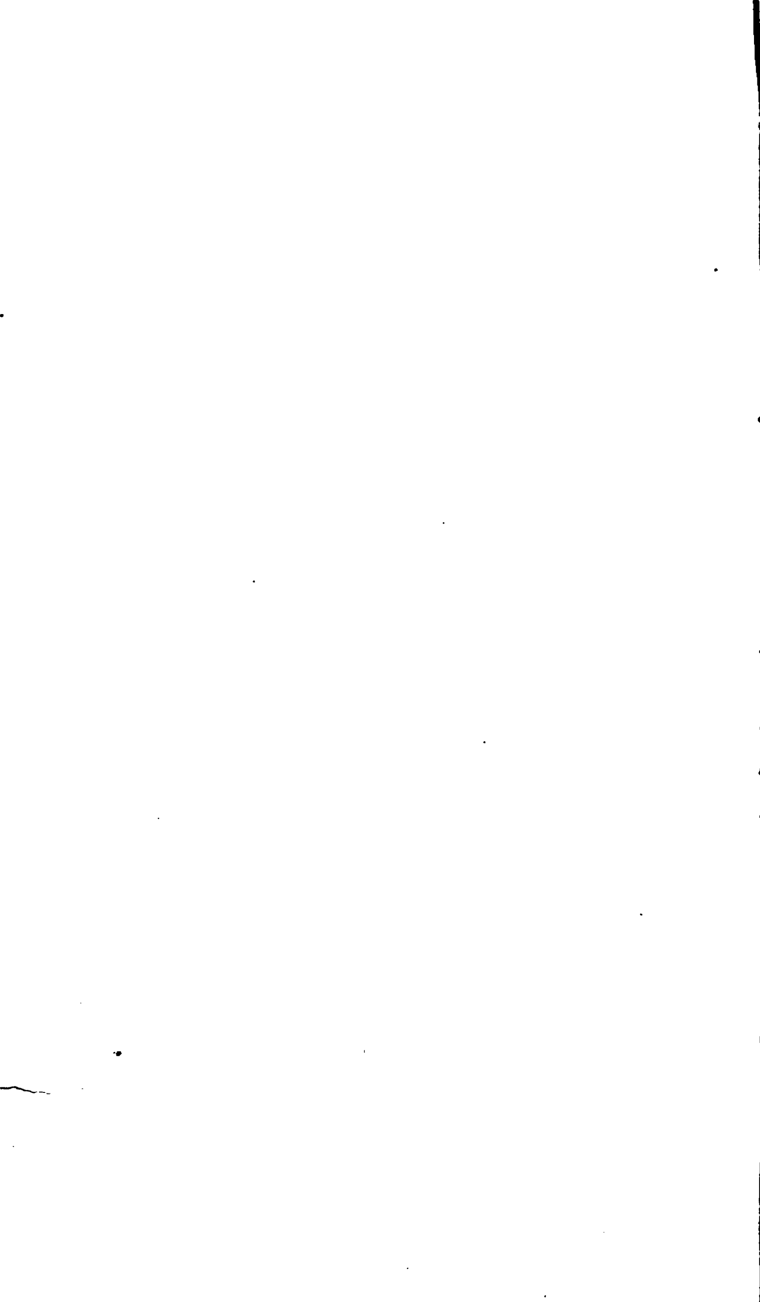
*
* *

Nunca, señora, se abrasó mi alma
De vuestros ojos en la lumbre pura;
No os he visto jamás, pero ¡qué importa!
Si mi alma os busca.

¿Sois hermosa? No sé. Guardo en mi pecho
Inagotable fuente de belleza
Y la hidrópica sed que me devora
Sus aguas templan.

Tal vez, si un día á veros alcanzára,
Este amor misterioso que me alienta,
Al tocar lo real, avergonzado
Despareciera.

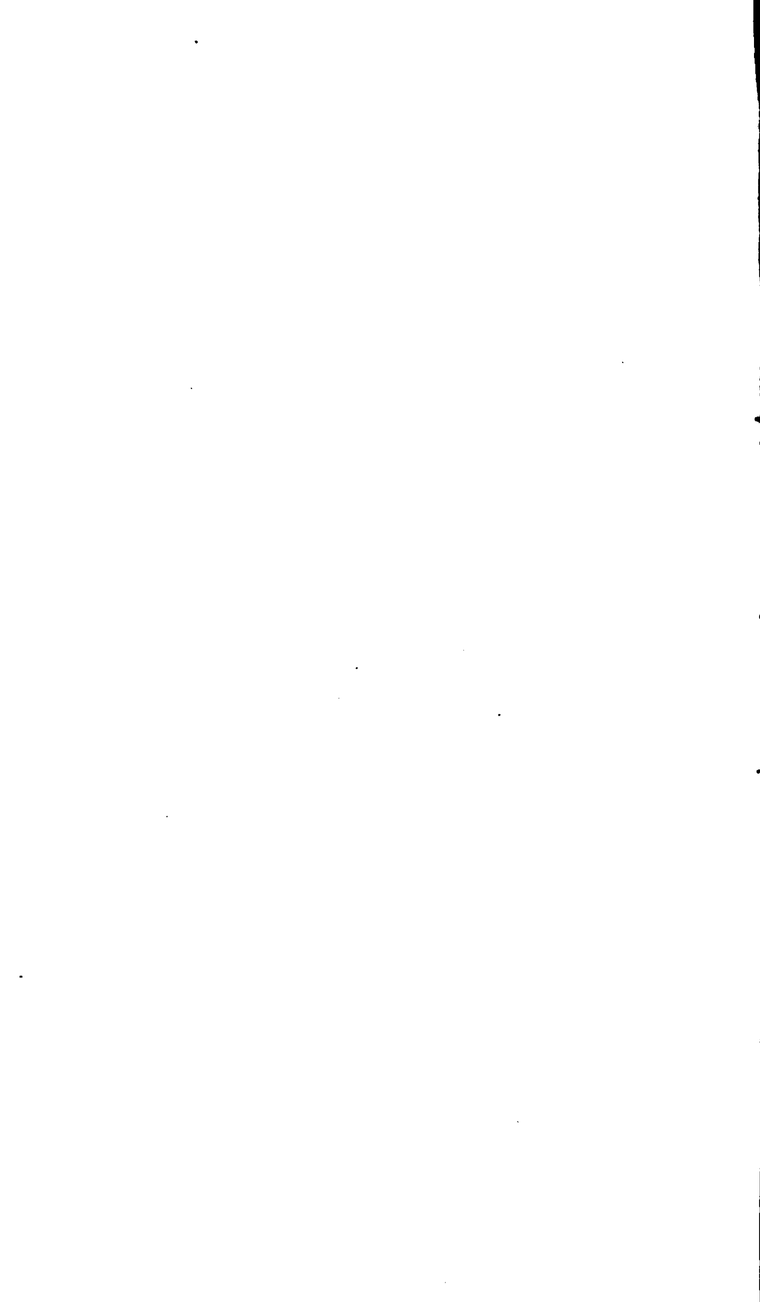
No os admireis, señora: rezo y lloro,
No en el altar donde la imágen veo,
Sí en el templo gigante que levanta
Mi pensamiento.



*
* *

No nacen mis cantares
En la tierra que huello con mi planta:
Duermen, como las aves en su nido,
Dentro del corazon que siente y ama.
Yó, en el silencio de la triste noche,
Cuando falto de sueños y esperanzas,
Velando mi dolor, dudo de todo,
Los escucho en el fondo de mi alma:
Suspiran melancóhicos, cual ola
Que al beso de la brisa se desmaya,
Y á veces suben á mis turbios ojos
En el cristal de una encendida lágrima:
Se despiertan si pasas á mi lado,
Si me alumbra la luz de tu mirada,
Y como el ave, abandonando el nido,
Al cielo de tu amor tienden sus alas.
¿Dónde, dónde nacieron
Los himnos que en mi pecho se levantan?
¿Dónde nacen las notas
Del laud á las cuerdas arrancadas?

Julio, 1874.



Olas vienen y olas van.

AL SR. D. JOSÉ VELARDE.

I.

Pero Júlia ¿qué tiene que llorando
Triste los dias y las noches pasa,
Consigo misma y su dolor hablando
Dentro los muros de su humilde casa?
¡Pobre Julia! El destino caprichoso,
Ó celoso, más bien, de su ventura,
Temprana sepultura
Dió al marido más bueno y cariñoso.
Sintiendo de la suerte los agravios
Al pisar los umbrales de la vida,
Aún acaricia entre sus dulces lábios
El beso de la eterna despedida;
Y aliviando la pena que le hiere,
Cual si al muerto guardara
Dentro del corazon, de amor avara,

Cierra los ojos cuando verlo quiere;
Y para oir su voz inimitable,
(¡Oh falaz ilusion de los sentidos!)
Voz que suena cual música inefable,
Se tapa con las manos los oidos.

II.

¡Amar á un muerto! A la verdad, lectora,
Que parece increible; y ¡cosa estraña!
Bien se le puede amar si á toda hora
Nuestro dolor mitiga y acompaña.
Dígalo Júlia, que adorando vive
Al que con ella compartió su vida,
Como siempre se adora
Toda ilusion soñada y nó cumplida.
Y nó pasa un momento
Que un beso nó le dé, de pensamiento;
Que Dios permite, á compasion movido,
En gran compensacion á grandes males,
Que todo sér, por el amor herido,
En cualquiera lugar y á cualquier hora,
Al objeto querido
Besos le puede dar, besos mentales.
¡Quién no ha besado así! Castas mujeres,
Que el velo del pudor nunca rasgásteis;
Esposas, que cumplís vuestros deberes,
¿Como Júlia besaba, no besásteis?
¿No tuvísteis jamás, cuando unos ojos
Amantes en los vuestros se fijaron,

Sin comprender por qué, dulces sonrojos?
Pues fué que aquellos ojos os besaron.
¿Qué mujer no besó con loco anhelo,
Al sentirlo latir en sus entrañas,
Al hijo de su amor, prémio del Cielo?
En palacios, lo mismo que en cabañas,
Los tristes corazones
Besan de pensamiento,
Al nacer y al morir, sus ilusiones.
¡Y qué es el mundo en que mi planta asiento
Sino el beso mental que el primer día
Dió el Supremo Hacedor del Firmamento!
Tambien mi pensamiento ¡oh madre mía!
En mis eternas noches solitarias,
Besos de amor te envía
Envueltos en suspiros y plegarias.

III.

El sol poniente tras la altiva cumbre
Todas las tardes á la viuda envía
Tibio fulgor de su apacible lumbre,
Al pié de aquel ciprés, testigo un día
De los sueños mejores,
Árbol del huerto donde Julia cría
Regándolas con lágrimas sus flores.
Si no tiene aquel árbol ni una rama
Que no sepa el dolor que la acongoja,
Y los besos de amor que dió al que ama
Palpitan uno á uno en cada hoja;

¡Qué mejor compañero
Puede Julia buscar en sus dolores
Que aquel triste ciprés, árbol primero
Que el nido cobijó de sus amores.

IV.

Fiel al amor del muerto no olvidado
Es Julia, cómo son pocas mujeres,
De la mujer de Lot imitadora,
Pues vuelve soñadora
Su dócil pensamiento á lo pasado.
En la alcoba nupcial, en ese nido,
Divina fuente de la vida humana,
Donde la sombra de la noche oscura
Brilla con el fulgor de la mañana;
Cual tesoro escondido,
Prodigio de verdad, una pintura,
Retrato fiel y cierto,
Conserva aquella hermosa criatura
Que se cree desposada con un muerto.
Y no pasa una noche,
¡Oh memoria tenaz de las mujeres!
Sin que al cuadro pregunte: «Esposo mîo,
Esposo de mi amor, ¿cuánto me quieres?»
Y cree escuchar sugeto su albedrío
Al recuerdo feliz que en su alma esconde,
Una voz, más que voz una armonía
Que—«te quiero lo mismo que en el día
De tu beso primero»—le responde.

Y así, cuando reclina la cabeza
Sobre la blanca almohada,
Y en torno de ella á desplegar empieza
El dios benigno que preside el sueño
Sũs alas misteriosas,
Abraza en ilusion al dulce dueño
De su amor y su vida;
Sueña que está en sus brazos, y dormida
Se cree la más feliz de las esposas.
¡Pero es muy breve la ventura humana!
El sueño de la noche, delicioso,
Desvanece el albor de la mañana:
Júlia despierta; el nido solitario
Vé de su amor, y á sus pesares vuelve;
Que el blanco lienzo, que su cuerpo envuelve,
De su muerta ilusion es el sudario.

V.

¿Y el muerto, en tanto? El muerto
En el alma de Júlia se encerraba;
Por más que, ciego, el mundo
Sólo tenga por cierto,
Que de la oscura fosa en lo profundo,
Cómo todos los muertos, descansaba.
Sí; yo quiero creer que el alma mía
De mis muertos queridos
Es albergue sagrado;
Que aquellos que del mundo yá son idos,
Y yo amé con amor nunca olvidado,

Viven en mí y por mí, cómo yó vivo
En otro corazon aprisionado
Y de él la vida y el amor recibo!

VI.

Júlia pasa la vida indiferente
Al mundo material que la rodea,
Y vive interiormente
En el mundo invisible de una idea.

VII.

Viuda, y hermosa entre las más hermosas,
Cércanla mil rendidos amadores:
En torno de las flores
Siempre vuelan sedientas mariposas.
Serán de su ilusion vanos antojos;
Pero aquel amador, que el otro día
Ante sus plantas se postró de hinojos,
Tiene rasgados y serenos ojos,
Y azules cómo el muerto los tenía;
Aquel otro, que ayer posó anhelante
En ella su mirada,
Lleva del muerto impresa en el semblante
La serena expresion nunca turbada;
Y de aquel que á su oido
Murmuró no sé qué con voz suave,
Es la voz, más que voz, canto de un ave,

Igual á la del muerto en el sonido.
Pero la triste viuda,
En contra de un amor, aún no nacido,
Llama siempre en su ayuda
Recuerdos de otro amor, aún no perdido.

VIII.

De todos los amantes que le siguen,
Modelo de belleza é hidalguía
Es Roberto, sin duda el más cumplido
Galan y caballero;
El mismo que le dijo el otro dia,
Sin llegar á decírselo: «te quiero.»

IX.

Al pié de aquel ciprés, Júlia y Roberto,
Que amiga llama á la mujer que adora,
Hablan.... ella del muerto,
Él de un amor que el alma le devora,
¡Ya veis—Júlia le dice suspirando—
La soledad en que quedé sumida!
—Yó tambien voy cruzando
Sólo el mar agitado de la vida.
—¡Cuántas noches como esta, de la luna
Al pálido fulgor, juntos soñamos
Al pié de este ciprés, y una por una
Nuestras dichas por besos las contamos!

—¡Triste de mí que falto de esperanza
Sé donde está la dicha y nó la toco!
—¡Triste quien, como yó, la dicha alcanza,
La alcanza, sí, pero la goza poco!
—¿No alumbrará vuestros futuros dias
De otra pasion la bienhechora estrella?
—Con él perdí ilusiones, alegrías...
—¡Y yó la vida perderé por ella!
—¡Tanto la amais!
— La adoro de tal suerte,
Que de mi amor yo mismo tengo miedo:
La he de amar mientras viva, y en la muerte
La he de adorar cuanto adorarla pueda.

. . . .

X.

La luna desde el alto firmamento
Su tibia luz sobre los dos vertía,
Y al blando beso del suave viento
El ciprés indolente se mecía.
¡Oh noche, de los tristes compañera!
¡Oh aroma de las flores delicado!
¡Oh fuente, que murmura placentera!
¡Oh dulce viento del Abril templado!
¡Qué corazon, por vuestro imperio suave,
No abre sus puertas al amor que encanta,
Cuando en su nido enamorada el ave,
Arrullando á su amor, sus dichas canta:
Cuando la flor, en mágico embeleso,

La fiera gota del rocío toma,
Y en cambio dá en un beso
Al áura leve su mejor aroma:
'Cuando en cielos y en tierra confundidos,
Cual divinas canciones,
Resuenan los latidos
De todos los amantes corazones!
No, nó culpeis á la viuda amante
Si aquella noche, en el callado huerto,
Del vivo al ver el pálido semblante,
Creyó que estaba contemplando al muerto.

XI.

Confiésame, lectora,
Que como ayer amaste, amas ahora;
Que si entibió el amor las vivas llamas
De ayer, al fin hoy amas;
Y que al postrer aliento de tu vida
Tu existencia al amor correrá unida.
No lo niegues, esposa arrepentida;
No lo negueis, las que ceñís las palmas
De la pureza que en el cielo anida.
¡Quién en el mundo olvida
Que es el amor el fondo de las almas!

XII.

Desde la noche aquella
En que los dos sus penas se contaron,
Y tristes sus dos almas se acercaron,
La de él queriendo, sin querer la de ella;
Júlia con pena advierte
Que alguna que otra noche, distraida,
Á aquel que arrebató temprana muerte
Preguntar si la quiere se le olvida.
Y nó sabe por qué, más si que es cierto
Que la imágen que, avara,
De su querido muerto,
En el fondo del alma conservára,
Vá poco á poco, cómo débil nube
Que impulsa el blando viento,
Disipándose más cuanto más sube
En el cielo de un solo pensamiento.
Y es, que el recuerdo que en el alma deja
Todo sér que en el mundo hemos querido,
Poco á poco se aleja,
Tal vez en busca de más dulce nido.
Y sólo queda un algo misterioso,
Invisible, impalpable,
Que no se explica el pensamiento ansioso
Y ávido de explicar lo inexplicable.
Y entónces si queremos
Ver otra vez al sér á quien amamos,
Cómo dentro del alma no lo vemos,
En el mundo visible lo buscamos.

XIII.

Perdonadla, vosotras las que amantes
Consagrais vuestra vida
Á alimentar constantes
Una sola pasion nunca perdida;
Perdonadla! La hora
Se acerca yá: con vacilante planta,
En brazos del esposo á quien adora,
Al tálamo nupcial Júlia adelanta.
. . . .
Lo que despues pasó!... Pero ¡oh, Dios mio!
¿Por qué en la noche aquella
Tuvo el muerto en su tumba tanto frío?

Febrero, 1875.



* * *

Angel más que mujer, bajo la nave
Del gótico santuario arrodillada,
Sus dulces lábios, al amor no abiertos,
Una oracion purísima rezaban
Y el tibio sol de sus azules ojos
Nublaba su fulgor envuelto en lágrimas
Velada por las nubes del incienso,
Que el sacerdote en el altar quemaba,
Aquella niña, pálida y llorosa,
Fué á mis ojos el Angel de mi guarda.
¡El Angel de mi guarda! Yó le veo
En el primer albor de la mañana,
En el rayo de luna que mi frente,
Abatida al dolor, piadoso baña:
Yó le veo en mis sueños; sonriendo,
Desplega sobre mí sus níveas alas,
Vierte en mi pecho bálsamo divino
Y con su diestra el cielo me señala.
Tú eres aquella niña, que del templo
La augusta oscuridad iluminaba,
Ángel que en sueños la inspirada mente
Para la tierra al cielo arrebatara.
¿Tal vez llorabas la ilusion, que un dia

En dulce halago acarició tu alma?
Más ¡qué digo! perdona al que navega
De la vida en el mar, sin esperanza
De ver lucir el faro que le guia
Á la risueña y suspirada playa.
Es el divino amor, amor eterno,
El que tu pecho virginal inflama,
Amor, que en vano á comprender aspira
Quién entre sombras la existencia pasa.
¡Qué sabes tú del mundo y sus engaños,
Flor aún no abierta al beso de las áuras!

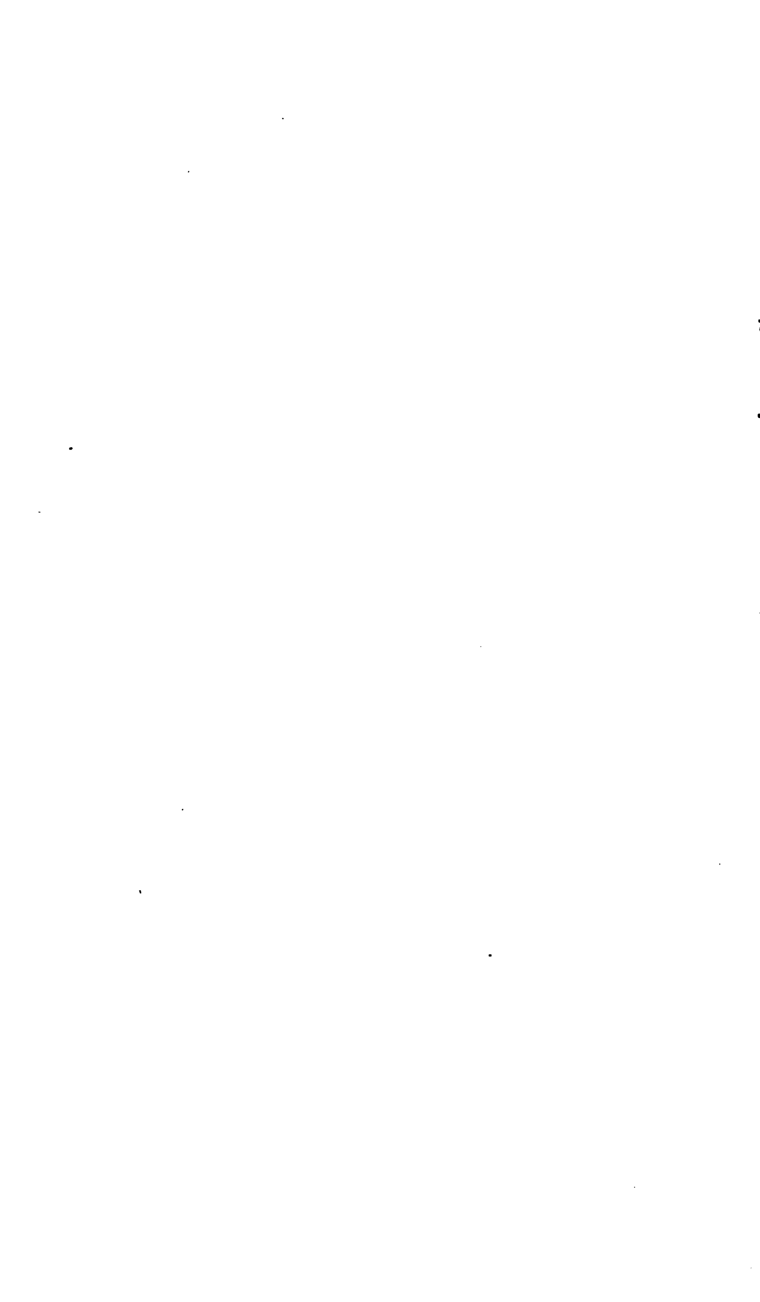
LA LUNA DE MIEL

(TRADUCCION LIBRE DE UNA BALADA ESCRITA EN DIALECTO LEMOSIN.)

—Esposo mio,
¿Por qué resbalan
Por tus mejillas
Ardientes lágrimas?
¿No soy yó el ángel
De tu esperanza?
—Tambien tú lloras;
Y en vano tratas
Guardar tu pena
Dentro del alma:
¿No soy yó el ángel
De tu esperanza?
—¡Triste presagio
Mi llanto causa!
—¡Horribles dudas
En mí batallan!
—Entero un año
Cumple mañana
De nuestras bodas
Y de mis lágrimas.
Cuando del templo

Volvia á casa,
Junto la fuente
Me habló una anciana.
¡Nunca me olvido
De sus palabras!
«Cuando la noche
Tienda sus alas,
Las flores cuenta
Que el huerto esmaltan.»
Conté las flores;
Ví que eran tantas
Cuantas un año
Tiene alboradas;
Las noches todas
Bajo á contarlas,
Y cada noche
Una flor falta.
—Un pobre anciano,
De estas comarcas,
Triste me dijo
Estas palabras,
Cuando del templo
Volvia á casa,
De nuestras bodas
En la mañana.
«Cuando la noche
Tienda sus alas,
Cuenta del cielo
Las luces claras.»
Alcé los ojos
Y conté tantas

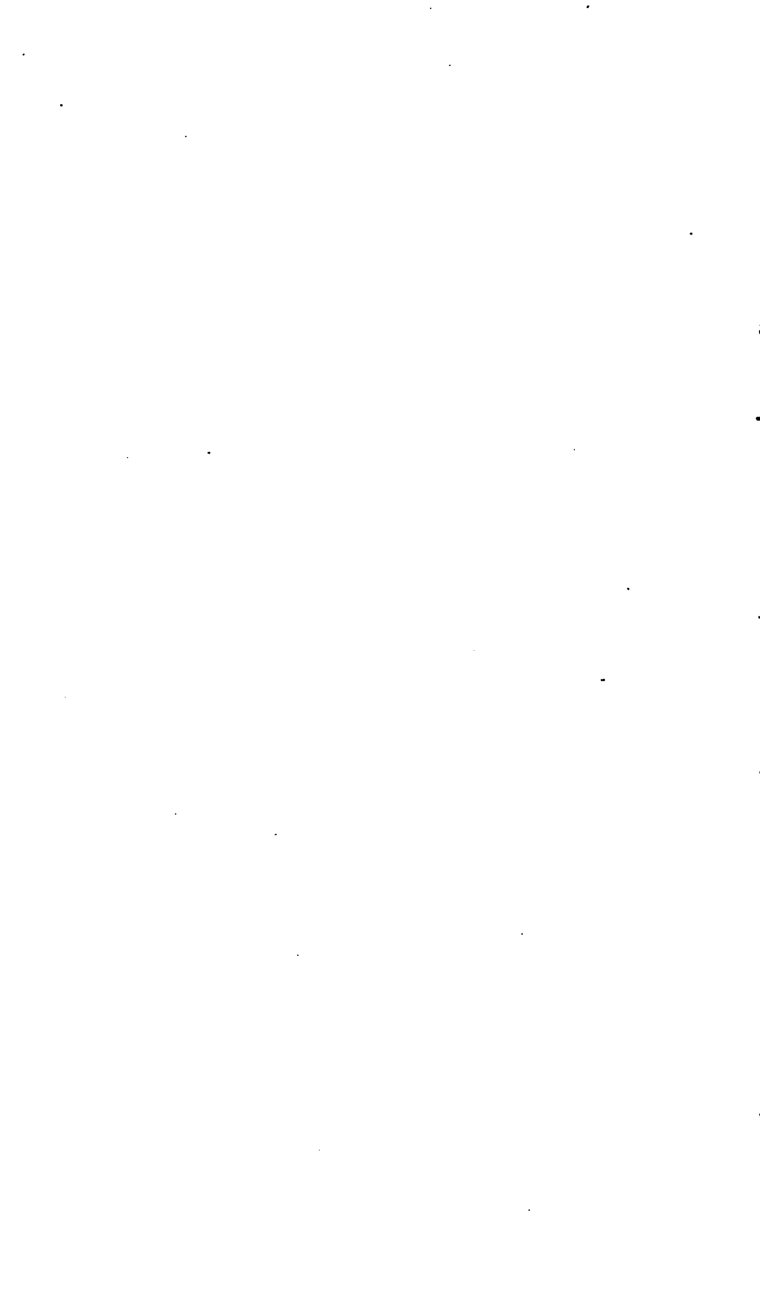
Cuantas un año
Tiene alboradas.
Las noches todas
Vuelvo á contarlas;
Y cada noche
Una más falta.
Oscuras nubes
El cielo empañan...
¡Ay! ni una estrella
Veré mañana!
—Mañana el huerto
No tendrá galas.



*
* *

Alcé los ojos al azul del cielo;
Pregunté luégo al agitado mar,
Y luégo á las sombrías catedrales....
¡Inútil fué mi afán!

Dudé, trás de la duda
Vivieron las tinieblas del error:
Á tu alma me asomé, y entónces supe
Todo lo inmenso del poder de Dios;



*
* *

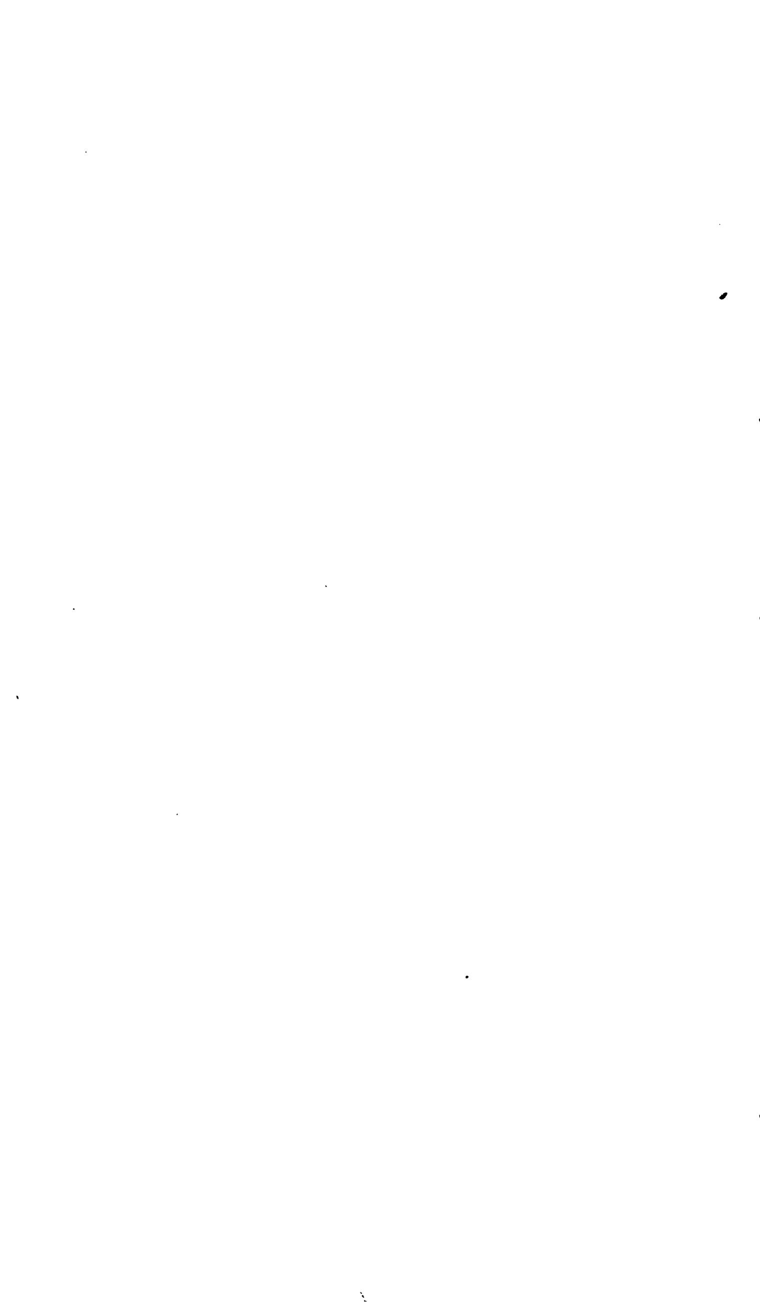
Yo recuerdo! La voz halagadora
Aún suena palpitando en mis oidos,
Aquella voz que me arrulló en la cuna...
¡Yo recuerdo; yo vivo!

Yo recuerdo! La imágen hechicera
De mi primer amor, amor de niño,
Flotando va sobre el azul del cielo...
¡Yo recuerdo; yo vivo!

Yo recuerdo el hogar de mis mayores,
De amor y de virtud oculto nido,
Templo de la familia, ¡oh santo albergue!...
Yo recuerdo; yo vivo.

Yo recuerdo! Fué un tiempo en que mi pátria,
Pátria de la virtud y el heroismo,
Sólo humillaba ante la Cruz su frente...
¡Yo recuerdo; yo vivo!

Yo recuerdo! Si el tiempo despiadado
Corre llevando los recuerdos míos,
Diré al morir, llorando mis memorias:
Yo muero, porque olvido.



Mal de muerte.

AL SR. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

I.

En año y en lugar que no recuerdo,
(Y poco ó nada pierdo
Si el año y el lugar es lo que ignoro,
Sabiendo, y no es patraña,
Que es el pueblo de España
Y el año del Señor y no del moro;)
Vino al mundo, cual vienen los mortales,
El héroe de mi historia,
Á quien, si nó me engaña la memoria,
Nombraron en la pila del Bautismo
Juan Indiferentismo.

II.

Creció la criatura y fué á la escuela,
Siendo zote entre zotes,

Y recibiendo á duo los azotes
Del padre y de la abuela.
Y hoy un poco, y mañana
Otro poco, fué el caso,
Que, aprendiendo sin gana,
Llegó á leer corrido, ó paso á paso,
Y á saber de memoria á Mariana.
Y cuando el pobre viejo
Que guiaba sus pasos por el mundo,
«Ya es tiempo—le decia—
De que á algo te dediques,
Es forzoso que estudies y te apliques;»
El niño respondía:
«Estudiaré; comprendo lo que gana
El hombre que trabaja noche y dia:
¡Voy á estudiar! Empezaré mañana...»
Pero el mañana aquel nunca venía.

III.

Llegó á ser hombre sin carrera alguna,
Oficio ó beneficio,
Y digo mal, porque tenía el oficio
De aguardar impasible á la fortuna.
Conozco á muchos Juanes,
Que exentos de fatigas y de afanes,
Esperan á la suerte, confiados
En que al fin, á la larga ó á la corta,
Ser feliz ó infeliz lo mismo importa:
Gente que vive porque Dios lo quiere,

Sin conciencia del hoy ni del mañana;
Que por nada se afana,
Ni nada grande sus cabezas hiere.
Y siguiendo mi cuento,
Sabrás, lector piadoso,
Que Juan, indiferente al casamiento,
Sin él saber por qué, al fin fué esposo.
Y cuando algun amigo marrullero:
«Con que al fin te casaste» le decia,
El mozo respondía:
«Lo mismo es ser casado que soltero.»
Y luégo Juan fué padre;
Y al decirle su esposa con cariño:
«Es una niña, imágen de su madre.»
«Lo mismo dá—repuso—que sea niño.»

IV.

Como es una verdad de tomo y lomo
Que la suerte es voluble y caprichosa,
Sin explicarme cómo,
Juan llega á ser un rico potentado,
De todos los del pueblo respetado.
Y no falta una lengua maliciosa
Que asegure, por todo lo criado,
Que estando en situacion bastante crítica
Al charco se arrojó de la política.

V.

La hija de Juan se llama
Aurora, y es aurora por lo bella;
Tiene el color de la encendida rosa
Y en sus ojos el brillo de la estrella
Que fulgura en la noche misteriosa:
Sus dientes al marfil causan agravios,
Y al coral los corales de sus lábios,
Y es su boca, de amor en los escesos,
Un nido de suspiros y de besos.
Trono de los amores
Es su frente altanera,
Y semeja su rúbia cabellera
Una llúvia de perlas y de flores.
Muchacha casadera,
Trae en jaque á los mozos de la villa;
Habladora y loquilla,
Amiga de los bailes y el espejo,
No escucha más consejo
Que el del cristal que su beldad refleja:
Á todos hace cara,
Charla con éste y con el otro ríe,
Y á éste y á aquel engríe
Y la red cautelosa les prepara.

VI.

Á Juan en cierto día:
«Es preciso—su esposa le decía—
Que amonestes á Aurora y que la riñas;
Odia el rezo, el piano y la costura,
Y he visto á pocas niñas
Que tengan su descaro y su locura.
Con Rafael, ya sabes, el ahijado,
El sobrino del cura,
Hablando la he encontrado
Del huerto en la espesura;
Él es un calavera redomado,
Ella niña jovial, la noche óscura...
Tú eres su padre, ríñela enojado.»
Y Juan, indiferente, respondía:
«Bien y ¿qué? Tú te asustas sin motivo;
Son cosas de la edad de la alegría;
Aurora tiene el génio un poco vivo.»
«Ríñela—su muger le repetía—
Es loca y caprichosa;
Sólo por ser hermosa
Y adornarse se afana.
¡Quizá lo lloraremos algun dia!»
«Bueno, muger; la reñiré mañana...»
Pero el mañana aquel nunca venía.

VII.

Es el pueblo de Juan un semillero
De ruines ambiciones y rencillas,
Mil veces, mil, peor que el Mentidero
De la córte del Rey de ambas Castillas.
De libertad al entusiasta grito
Destrozó sus cadenas valeroso;
Que tanto puede un ¡viva!
Quiero decir, que no con gran trabajo
Cayeron los de arriba
Y subieron arriba los de abajo.
«Es forzozo, decian unos pocos,
Agenos á las luchas de partidos,
Que los hombres de bien, todos unidos,
Se opongan al delirio de los locos.
Una turba de gente sin conciencia,
Hidrópica de mando y de fortuna,
Nos insulta y nos beja; en su demencia
No reconoce autoridad alguna.
Usted, D. Juan, que es el hombre respetado
Y tiene autoridad, muy bien podría
Encauzar este rio desbordado
Que acaso nos ahogue en breve dia.
Es necesario trabajar con gana;
Decídase D. Juan;» y él respondia:
«Bien; si es preciso... trataré mañana...»
Pero el mañana aquel nunca venia

VIII.

Aurora, abandonada á sus pasiones,
Siente por Rafael la llama impura
Del amor criminal que nos desdora;
Y no vé en su locura
Que por solo el placer de breve hora,
Toda una vida de dolor se apura.
Y una noche, venciendo sus temores,
En brazos del galan á quien adora,
Huye de la mansion en donde un dia,
Niña inocente y pura,
Eran las flores su única alegría,
Y eran sus sueños de color de rosa!
Y al saber Juan por boca de su esposa,
Que su hija en brazos del amante huía,
Dijo, mirando el lecho,
Que áun el calor de Aurora conservaba;
«Yo, que tanto la amaba,
Para tanto penar ¿qué es lo que he hecho?»

IX.

¿Qué sucede, qué pasa? El pueblo entero
Por calles y por plazas bulle y grita
Y anda, como quien dice, al retortero.
Las mujeres llorosas,
Pálidas y ojerosas,

Corren llevando en brazos á sus hijos
Y huyen horrorizadas,
Cual bando de palomas
Por el rey de los aires acosadas.
Gritos, ayes, lamentos,
Horribles maldiciones,
El bárbaro fragor de los cañones;
El humo del incendio pavoroso
Que por los aires sube,
Formando densa nube
Para apartar el cielo de la tierra;
Los gritos de ¡venganza, muerte y guerra!
¡Oh, terrible conjunto! ¡Oh, cuadro horrible
De lágrimas y sangre salpicado!
¡Ah, cuánto crímen, libertad hermosa,
Con tu bendito nombre se ha escudado!

X.

Todo pasó. ¿Y Juan? ¡Quién lo creyera!
Encerrado en su casa,
Asesinado fué, mientras la hoguera
Su propiedad arrasa.
Su vida así acabó. ¡Dios lo perdone!
Y es fama que al morir, yá balbuciente,
Murmuró con desden: «¡Oh, raza humana,
Al bien, aún más que al mal, indiferente,
Mañana es hoy y nada es el mañana.»

1873.

¡ANA!

AL SR. D. ANTONIO MARÍA OTAL.

Tendido el rubio cabello
En desmayadas guedejas;
Aún en sus lábios vagando
Esa sonrisa serena,
Última para este mundo,
Para el cielo la primera;
Aún sus entornados ojos,
Espejos de su inocencia,
Brillando con esa tibia
Claridad de las estrellas,
Cuando tras la triste noche
Revive el alba risueña,
Más que el sueño de las tumbas,
Duerme un sueño de inocencia.

. . . .

Triste es la luz que la alumbra,
Triste cuanto la rodea;
Que donde vive la muerte
Respira todo tristeza.
Llora el áura de la tarde,

Que entre sus rizos ondea;
Llora la triste campana,
Que á Dios su plegaria eleva,
Y hasta el Cristo que la mira
Parece que llora y reza.

. . . .

Fué una flor abierta un dia
Á las áuras halagüeñas;
Fué una sombra que entre luces
Pasó fugaz por la tierra;
Ola espumosa que el viento
Llevó á morir á la arena.
¡Ah, no; imposible, imposible
Que lo que fué hoy no sea!
No ha muerto, no! Lo que nace
Vive siempre vida eterna!
Callad!... Es que está dormida
Y del sueño no despierta!
Callad!... Es que está soñando,
Y es en Dios en lo que sueña!

Febrero, 1872.

TODO DE UN COLOR

Si veis que dos, por el amor unidos,
Tambien unidos por el Cielo son;
Si veis que cuantos sueñan en el mundo
Se alzan en sueños desde el mundo á Dios;

Si entre las sombras de la oscura noche
Oís el eco de perdida voz,
Que «te amo» dulcísima repite
Y estínguese del viento en la region;

Si la agena ventura os dá tristeza
Y ciegos siempre sois para el dolor;
Si no veis en la tierra más que dichas,
¡Morid de envidia como muero yo!



*
* *

En las sombras oscuras
De la medrosa noche,
Una sombra aparece y anhelante
Tras de mis pasos corre.
En vano sombras á las sombras pido
Para ocultarme de ella:
¡Quién, aunque lo ambicione,
Ocultarse podrá de su conciencia!





A Felipe Perez y Gonzalez

I.

Mariana es una niña encantadora,
De ojos de azul de cielo,
Alegre y habladora,
Con esa gracia que á mostrar empieza
Cómo se rompe el velo
De la ignorancia de los quince abriles;
Y aunque nunca pasó por su cabeza
Un pensamiento grave,
Sin decírselo nadie, há tiempo sabe
La mitad del misterio de la vida;
Y sueña en una cosa
Que hace bajar sus párpados de rosa;
Y á veces, distraida,
Como acudiendo á incógnito reclamo,
No amando á nadie, exclama: «¡Yo te amo!»

II.

Quince años ha cumplido,
Edad para las niñas peligrosa;
Pues es caso, de todos muy sabido,
Que á tal edad, pensando en lo ignorado,
Se edifican palacios en el viento,
Palacios en que sueña el pensamiento
Rendidos amadores,
Músicas regaladas
Y un millon de ternezas y de flores.
¡Oh visiones aladas,
Que revolais en torno de la hermosa
Enloqueciendo su ardorosa frente;
Por el dolor que un día,
Viéndoos huir arrebató mi calma,
Respetad su inocencia candorosa,
No empañeis el espejo de su alma!

III.

Siguiendo los consejos de su madre,
Que sólo por su dicha se desvela,
Y con el beneplácito del padre,
Que ningun mal de aquella union recela;
Plácemes recibiendo
Del mundo que le halaga y la fascina,
Casa nuestra heroina

Con un hombre que lleva yá en la frente,
Con las huellas terribles de los años,
Ese *algo* misterioso que revela
Muerta la fé del corazon ardiente
Y vivos los amargos desengaños.
Y aquella niña delicada y pura,
Toda amor y deseos é ilusiones,
Al sentir en sus labios el primero
Beso de amor del suspirado esposo,
Cuando iba á pronunciar «¡cuánto le quiero!»
En éxtasis sublime de ventura,
Algo escuchó profundo y misterioso
Dentro del corazon, y suspirando
Con cierto melancólico desvío,
«¡Es extraño—exclamó—siento hoy un frio!»

IV.

Mujeres que soñais ¡bendito sueño!
En ser del hombre que rendido os ama,
Y cual fuego sagrado,
Dentro del corazon llevais guardado
El fuego del amor con viva llama;
Las que soñais en un hogar dichoso,
Como sueñan las aves en un nido,
En donde en brazos del amante esposo,
Dulcemente adormidas,
Un beso nada más sean vuestras vidas,
Pero beso de amor no interrumpido;
Las que más que el favor de la fortuna,

Y de las galas el lujoso aliño,
Ambicionais velar junto á una cuna
En la que duerma sonriendo un niño;
Vosotras, soñadoras,
Vírgenes aún después de aquel momento
En que al amor de madre, presentido,
Latió violento el corazon, herido
Por el más grande y dulce sentimiento;
Vosotras explicad de Mariana
La muerte de las dulces ilusiones,
¡Cómo, al tocar la realidad insana,
Se hielan los amantes corazones!

V.

Al altar de Himeneo conducida
En brazos de un esposo á quien no adora,
De su madre siguiendo los consejos,
La pobre Mariana
Vió llegar, sin mirarse á los espejos
De la alcoba nupcial, la dulce hora
Que empieza en el silencio de la noche
Y acaba en el albor de la mañana.
Nubló su casta frente
El velo del pudor nunca rasgado;
En sus azules ojos retratado
Vióse indecible miedo,
Y una lágrima ardiente
Tumba encontró en su seno nacarado.
Y en tanto de su pecho en lo profundo

Duerme el amor; y cuando al otro día
Despertó de su esposo entre los brazos,
Que son para una esposa todo un mundo,
«No son tan dulces lazos—
Pensó—los lazos que me dá mi madre;»
Y al decirle su esposo «¡Ídolo mío!»
«¡Es extraño—pensó—siento hoy un frío!»

VI.

Pasando van los dias; Mariana,
Llorando entre los brazos de su madre,
«Yo no le puedo amar—dice—me hiela
El corazon su voz; me causa espanto;
¡He pasado una noche y otra en vela
Arrullando su sueño con mi llanto!
Obedeciéndoos me casé, señora;
Vos, madre, lo quisísteis,
Pero rebelde el corazon ahora
Me acusa á mí de lo que vos hicísteis.
Cosas no sé del mundo en que he nacido;
Decidme ¿qué he de hacer? ¿Puede una esposa,
No amando á su marido,
Esperar sin recelos
Que la bendiga Dios desde los cielos?
Decid ¿vos tambien, madre,
Sin amor os unísteis á mi padre?
Habladme, madre mía,
¿Se vive sin amor, ó acaso, acaso
Tengo de amar un día?»

VII.

¡No hay vida sin amor! Yá Mariana
Siente surgir auroras en su pecho
De ignorado fulgor; en su megilla
Arde la luz de la ilusion primera,
Y en su frente, ayer pálida, yá brilla
Del cielo del amor vivo lucero.
Cuanto á su alrededor vagando gira
Algo tiene del cielo y de las flores;
La realidad parécele mentira.
No hay más ni ménos en cuestion de amores:
Todo el amor lo llena;
Rey del alma absoluto,
En sus alas elévala á los cielos,
Ó arrástrala, insensato, por los suelos.
¡Quién frente á frente del amor se pone,
Si en su poder profundo
Él solo fué quien redimió este mundo!

VIII.

Las sombras de la noche
Cómplices fueron del nefando crímen.
¡Ah! no temais que, descorriendo el velo
De la noche sombría,
El crímen muestre, maldicion del cielo.
Testigos fueron la alameda umbría,

Las pálidas estrellas,
Y á poco, la conciencia muda y fría.

IX.

¡No hay nada tan cobarde como el crímen!
La infeliz Mariana
Lucha con un atroz remordimiento
Que el alma le devora:
Por donde quiera escucha aterradora
La maldicion del cielo y de la tierra;
Consigo misma en guerra,
Se asusta de su propio pensamiento;
Teme que su delito
La vergüenza en sus ojos haya escrito.
Si alguien pasa á su lado
Y la mira con gesto adusto y grave,
«Ése—piensa—tambien, tambien lo sabe.»
Si sonríe su esposo,
Juzga la desdichada Mariana
Que es la sonrisa vana
Del que oculta un proyecto tenebroso.
Y á veces, como toda pecadora,
Queriéndose engañar, piensa á su modo
Que no siempre el que llora
Es el que debe responder de todo;
Mas conoce, aunque tarde,
Que fué su corazon harto cobarde;
Que el corazon de la mujer que es buena
Lucha con el amor hasta la muerte,

Y si á llorar condénalo la suerte,
Llorar por el deber es dulce pena.

X.

Y aquella desdichada criatura,
Cansada de luchar con su conciencia,
En brazos de su madre
Se echó para llorar su desventura.
¡Los brazos de una madre! ¡Dulce puerto,
Nunca cerrado al corazon del hijo!
Si la mia viviera,
Qué desventura hubiera,
Que mi vida turbára,
Que en sus brazos consuelo no encontrára!
«Por el beso primero
Que mis labios os dieron, madre mia;
¡Perdon, perdon!—exclama Mariana—
Decir mi crímen quiero...
Me matan la vergüenza y la agonía.»
Y libre de temor su buena madre,
¡Tú crímen!—dice—y mira sonriente
A aquella que llevára en sus entrañas
«¡Tu crímen! ¡Tú te engañas!
Alza, y no llores, la serena frente.»
Y aquella esposa infiel, desventurada,
Conoce que no hay pena
Cual la de ser tenida por honrada
Cuando el alma envenena
El fuego de una culpa áun no expiada.

XI.

La pobre Mariana
Huye con la expresion de una demente,
Para hallar un lugar dónde ocultarse
De aquella eterna sombra de su frente.
Entra en un templo y á los piés se arroja
De un sacerdote anciano:
«Padre—le dice con mortal congoja—
¿El crímen os asusta?» y «soy tu hermano,—
El sacerdote dijo—
Habla, mujer; no temas que me asombre,
Que nunca llora el pecador en vano.»
Y al conocer la historia
De un amor criminal y maldecido,
Con santa indignacion dijo aquel hombre
Que oyendo al pecador ha envejecido:
«Infiel esposa, tu delito llora
Y sufre el torcedor de tu conciencia;
No puedo perdonarte,
Pero es de Dios muy grande la clemencia.»

XII.

¿Á dónde irá la pobre Mariana?
La noticia del crímen
Fué de todos sabida
Y es la piedra de escándalo en la aldea.

«Ahí vá, maldita sea
La esposa fementida,»
Dice la gente santa á quien arredra
El crímen publicado,
Y que tiene olvidado
El texto aquel de la primera piedra.

XIII.

Y al cabo sucedió que el triste esposo,
Amante siempre, pero nunca amado,
De su honor, como pocos, cuidadoso,
Llegó á saber, yá tarde,
El último tal vez, que ser honrado,
Esposo fiel y generoso amante,
No es con mucho bastante
Para alcanzar respetos de la gente,
Si una esposa inconstante
Atropella por todo,
Arrastrando su fama por el lodo.
Y él, que fué de su vida en el camino
Sembrando bienes y arrancando males,
Cediendo á la opinion de los mortales,
Acabó en asesino.
¡Oh venturosa suerte!
La infeliz Mariana,
¡Dónde hallará quietud sino en la muerte!

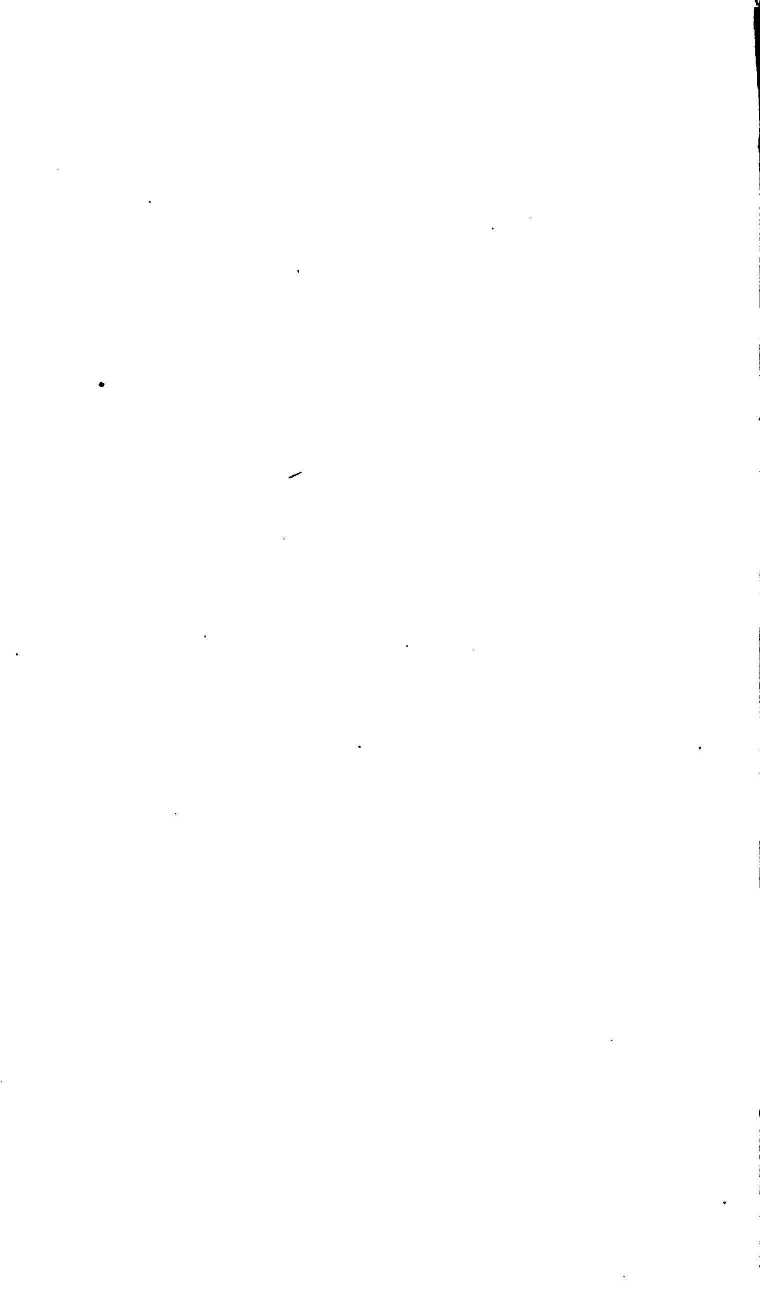
*
* *

Otra vez, corazon, ay! otra vez!
CAMPOAMOR.

¡Otra vez, corazon! La verde pompa,
Que viste alegre el prado y la enramada,
Del crudo invierno á las primeras nieves,
De la muerte los vientos arrebatan.

¡Otra vez, corazon! El crudo invierno
Coronado de nieves adelanta,
Y aún arde el fuego en que abrasado vives,
Aún te alienta la mágica esperanza.

El invierno llegó y aún arde el fuego:
Nieves y vientos de apagarlo tratan,
Y la nieve derrítese y avivan
Los vientos del dolor la ardiente llama!

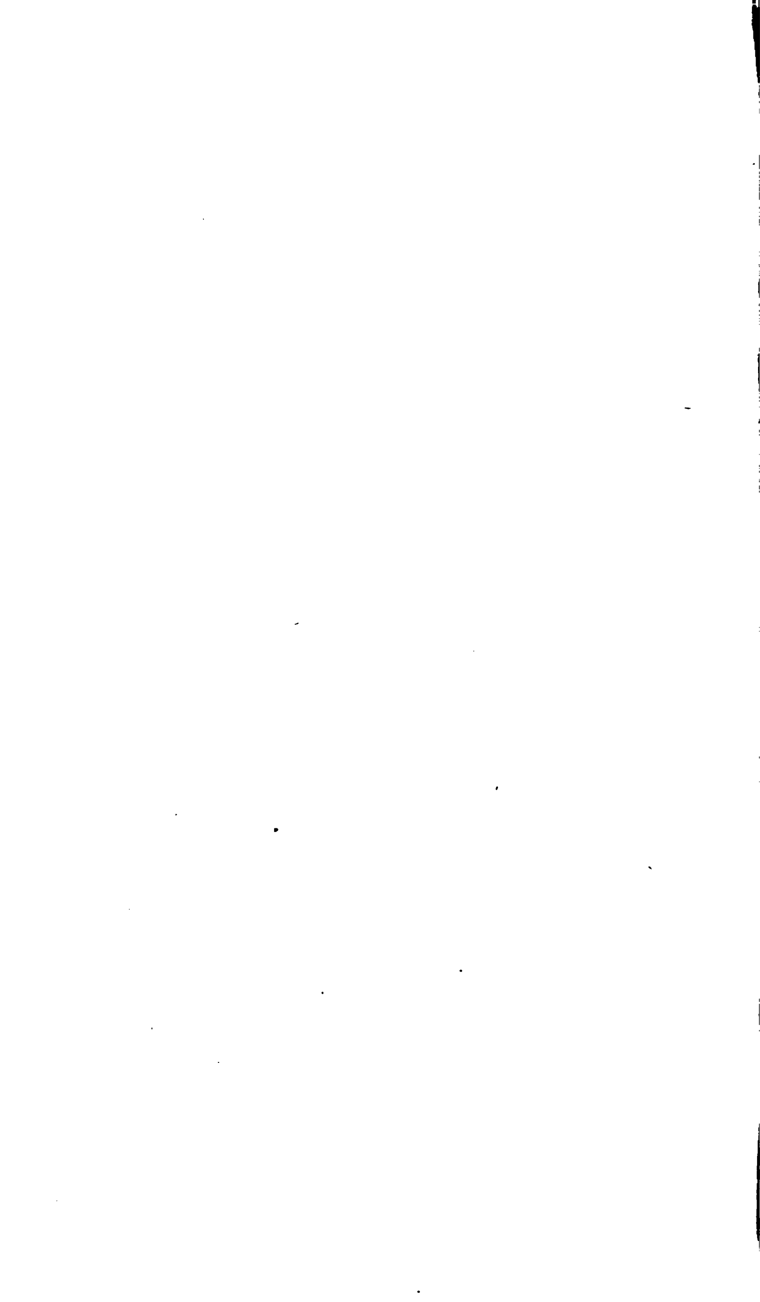


*
* *

Diez años han corrido y todavía,
Cuando á mi lado pasas,
Si cobardes mis labios enmudecen,
«Ahí vá» me grita el alma.

¿Siempre ha de ser así? ¿No puede el tiempo
Apagar este fuego que me abrasa!
¿Rebelde siempre el corazon responde
Á la mágica voz de la esperanza?

Si muero antes que tú, nunca, te ruego,
Te acerques á mi tumba solitaria;
Quiero dormir en paz y hasta en la muerte
El fuego de mi amor se renovara.

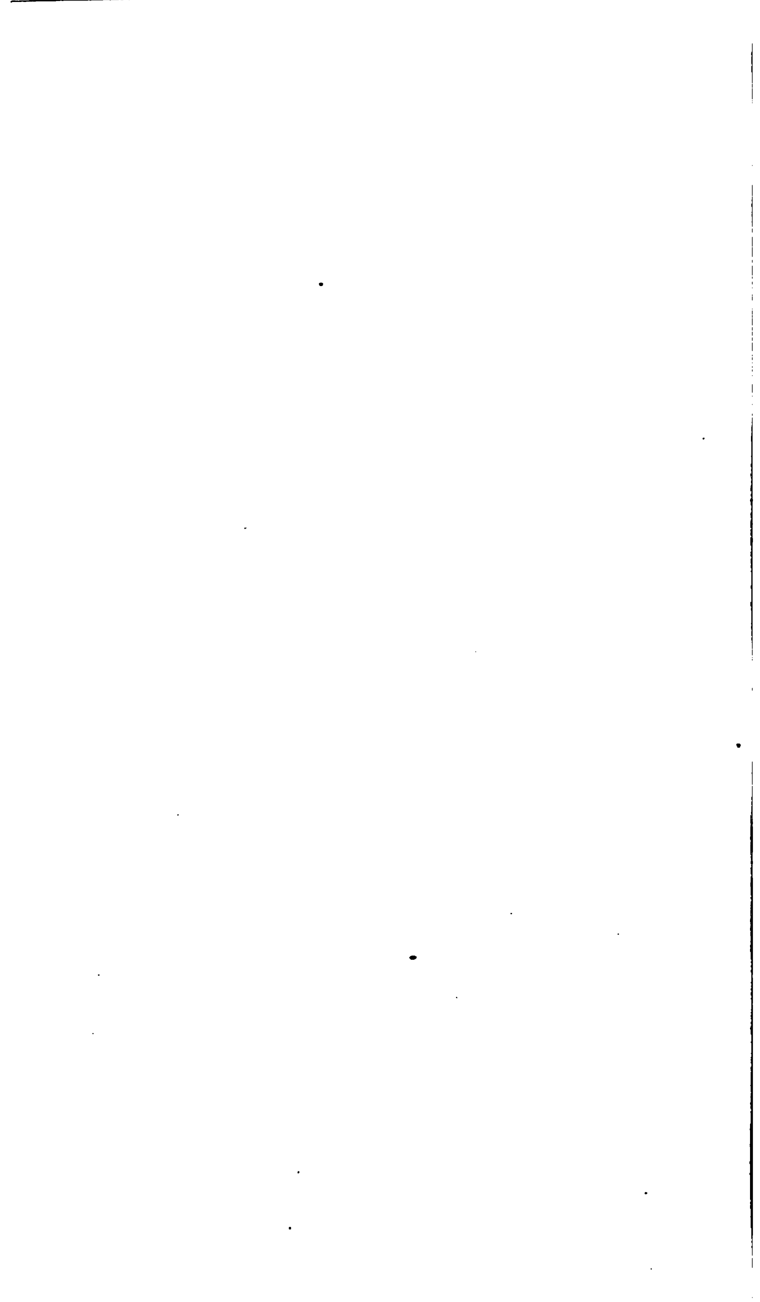


A José Sanchez Arjona.

Como el ave marina,
Que vuela resbalando por las aguas,
Voló mi corazon por las llanuras
De la ventura humana.

Como las turbias olas
Que saltan en espumas por la arena,
Y hallan la muerte al recibir la vida,
Son ¡ay! mis esperanzas lisonjeras.

Como hiedra que vive asida al muro,
Y muere cuando el muro se desploma,
Cuando mi vida acabe
Acabará el afan que me devora.



El poema de mi vida.

I.

Será, pues tú lo quieres:
Te contaré de mi pasion la história;
Y si haciendo tú oido y yó memoria,
Miéntras yó gimo al relatar mi pena,
La compasion por el dolor ageno
Colora de tu frente la azucena
Y agita el mar dormido de tu seno;
No serán mis palabras el sonido
De música que el viento desvanece,
Serán ecos de un sueño que engrandece,
Notas de un canto, que en el cielo he oido.

II.

¡Amar! ¡Haber amado! História es esa
Que cada cual á su manera hilvana,
La niña de hoy y la mujer mañana,
La que habita en la choza y la princesa.

¡Amar! ¡Sentir, llorar! ¡Haber amado!
¡Las flores de la vida
Haberlas una á una deshojado,
Y haber toda la tierra perfumado
Con aroma del cielo bendecida!
No entornes esos párpados de rosa
Para nublar el cielo de tus ojos....
Mi alma desde há tiempo es caprichosa,
Y tiene desde há poco unos antojos!...
Perdóname si, falto de memoria,
La fecha no te digo,
Que recordar quisiera,
En que soñé contigo;
¡Ah! nó, contigo nó, ¡vana quimera!
Con la mujer que me llamó su amigo
Cuando por vez primera,
Despues de un año de silencio, un día
Le dije ¿qué le dije?... Acaso, acaso
Un antojo tal vez de mi alma fuera,
Antojadiza por ser alma y mía.
¡Y qué importa una fecha! Sí, qué importa,
Cuando es toda mi vida la que cuento,
Vida, que, no por corta,
Se condensa en un solo pensamiento.

III.

¿Quién, al mirar sus ojos celestiales
No dejó el alma en sus pupilas presa?
Hay mirada fecunda en bien y en males,

Y hay mirada, la tuya por ejemplo,
Que, cual la suya inolvidable, besa.
  Más veces en la noche de mi vida
Que arenas lleva el mar en su corriente,
En medio de la sombra condensada,
He sentido flotar sobre mi frente
El dulce beso aquel de su mirada.
  Mírame por piedad; porque ¡oh Dios mio!
Mi corazon á marchitarse empieza
Y es tu mirada gota de rocío,
Que aún dá vida á la flor de la tristeza!
  Y perdona, mujer, si enagenado
Por el recuerdo de mi muerta glória,
De mi pasion al referir la história,
Otra história de amor he comenzado.

IV.

  ¡Soñar! ¡Siempre soñar! ¡Tenaz empeño
Del corazon avaro de ventura!
Fué á su lado mi vida un dulce sueño,
Léjos de ella fué un sueño de amargura;
Que al lado de mujer tan hechicera
Como eres tú, quiero decir, como era
La ingrata de la história que te cuento,
La vida perdurable es un momento
Y el invierno perpétua primavera.
  Ella, pensaba yó, no lo decía,
Tiene vírgen el alma á los amores;
¿Por qué no ha de ser mía

La flor primera cuando nazcan flores?
Y cuando alguna vez, de amor hablando,
Un suspiro su boca deslizaba,
Como ese que en tus lábios muere ahora,
Pensaba: sí, me ama, nó, me adora,
Como ahora pienso... ¡ya se vé, soñaba!...

V.

¿Creerás que á mi pasion correspondiendo,
Amó por mí y en mí su fé cifraba
La mujer por quien lloro cuando lloro?
¿Lo creerás, no es verdad?... Aún sigo oyendo
El eco de su voz raudal de oro
Que cual el de la tuya fascinaba.
Aún suenan sus palabras en mi oido:
«Es muy bello el amar y ser amado
Con un amor como el que tú has sentido:
Mi corazon, há tiempo enamorado,
Del dolor en la copa yá ha bebido.
Sé tú feliz amando á otras mujeres,
Miéntras yó, agena de ventura y calma,
Á Dios pido dé fuerzas á mi alma
Para cumplir de esposa los deberes.»
¿Lo has oido, mujer? ¡Ah! de improviso,
Al fondo del infierno
Desde lo alto caí del paraiso:
Mi vida es desde entónces mal eterno.
Soñaba y desperté; miento, soñaba
Y áun hoy sigo soñando;

Pasaba un día, un mes despues pasaba,
Y años despues, tambien, fueron pasando.

VI.

Quise olvidarla, pero nó, no creas
Que persistió mi voluntad en ello:
(Tampoco olvidas tú, ¡bendita seas!)
Olvido es muerte, recordar es vida,
¡Y es el vivir tan bello
Áun para el alma de dolor transida!
Se encienden los claveles de tu boca,
El sol de tu mirada se ha nublado....
¿La história de mi amor en tu alma evoca
La imágen de algun sueño que ha pasado?
¡Tú has amado tambien! Llora tu duelo,
Niña, que el cáliz del dolor apuras,
Y forma con tus penas y amarguras
Escala misteriosa
Para subir desde la tierra al cielo.
Sigue, sigue escuchando
La história de un amor que nunca muere,
Héroe del corazon siempre invencible;
Porque el amor, que mis sentidos hiere,
Es el sublime amor á lo imposible.

VII.

No es mi história, en verdad, la que te cuento;
Es la história del sueño irrealizable,
Que, formado en el viento,
Es invisible al par que es impalpable.
Sueño, que es luz de la ilusion primera,
Y es el perpétuo encanto de la vida,
Y eterna agitacion desconocida,
Que impulsa y mueve á la creacion entera.
Pero *ella*, ¿lo crearás? más desdichada,
Por ser, no amante esposa, sino amada,
Iba tambien con indecible empeño,
Como vamos tú y yó, desesperados
De poderlo alcanzar, siguiendo á un sueño.
Y piensa cuál sería mi tristeza,
Cuando con voz que un ave envidiaría,
Cubriendo con las manos su cabeza,
Así me dijo, al declinar un día,
Á la hora del amor y la tristeza:
«Ni yó misma decírmelo he querido;
Pero dígalo, al fin, mi alma cobarde,
Dichosa con tu amor hubiera sido;
Hoy, para ser feliz, es yá muy tarde.»
Dijo, y mirando al cielo embebecida,
En el cielo clavó su pensamiento:
La história de mi vida
Es la história, no más, de aquel momento;
¿Lloras, mi bien? ¡Acaso tú, como ella,

No tienes en el mundo más encanto
Que el fulgor indeciso de una estrella
Que miras á través de acerbo llanto!
¡Oh! por piedad, enjuga de tus ojos
Las lágrimas que empañan su belleza;
Tu llanto me hace mal, porque es tu llanto
El desbordado mar de la tristeza.
Cuenta de afan y de temor agena,
La pena que te hiere, desgraciada:
Siempre una pena á la amistad contada,
Si la oye la amistad es media pena.

. . . .

¡Así empieza á vivir, de amor sediento
El corazon! Felices corazones
Los que labran castillos en el viento,
Quiero decir, castillos de ilusiones.

. . . .

Aquel hombre á las puertas de tu alma
Llegó, pidiendo fé, dolor fingiendo;
Tal vez esas histórias relatando,
Que roban la quietud, la paz, la calma
De la mujer que las está escuchando,
En ellas la verdad hallar creyendo.
Prometió serte fiel.... La trenza aquella
Cadena la juzgaste
Que su fé aprisionaba á tu albedrío....
No me lo digas; si lo sé ¡Dios mio!
Se rompió la cadena y te engañaste.
A otra mujer ¡infiel, infiel mil veces
Llevó al altar! ¿Y tú?... Sí; tú apuraste
La copa del dolor hasta las heces....

¿Qué has llorado?... Promete que á ninguno
Revelarás, en gracia á mi decoro,
Un secreto que nadie ha sorprendido;
Y es que yo tan alegre y divertido,
Cuando parece que me rio, lloro.

VIII.

Léjos de la mujer, mi encanto un día,
Más y más mi pasion se acrecentaba...
Llegué á dudar si amarla más podría;
No lo crees, pero es cierto; lo dudaba.
Y siendo para mí cosa increible
Llegar á ser de su hermosura dueño,
Como aún vivía, me acosaba el sueño
De hacer de un imposible algo posible.
Imágen, que en la sombra de la noche
Acompañas mi vida solitaria,
Como al derruido torreon asida
Acompaña la amante pasionaria;
Sombra de la mujer que el alma llena
De una luz en los cielos encendida,
Por quien beso y bendigo la cadena,
Que arrastro por la cárcel de mi vida;
¡Perdona si con torpe pensamiento,
Aborto de mi frente enloquecida,
Manchar pude el azul del firmamento,
Que huellas con tu planta bendecida!

IX.

En pos de una ilusion, nunca alcanzada,
Con su destino en guerra,
Cual hoja de una rama desgajada,
Revolando pasó sobre la tierra.
Áun el triste sonido,
Que el eco repitió vago é incierto,
Sonando está en mi oido.
¿Oyes esa campana? ¡Toca á muerto!
¿Ves de las luces el fulgor medroso?
Mira la sombra que proyecta el muro,
Mira su cuerpo, alcázar misterioso,
Vaso de aroma delicado y puro....
¿Habrá luto mayor? ¿Pena más cierta?
¡Mi amor, mi grande amor es yá invencible;
Que el amor á una muerta
Es el sublime amor á lo imposible!
Y tú, niña á quien cuento
La história de mis íntimos dolores;
Tú, que aún labras castillos en el viento,
Tú, que yá has ido deshojando flores,
Flores del corazon y el pensamiento;
Cuando en pos de la sombra que persigues,
Y en alas del afan que te devora,
Dejes el mundo donde el hombre llora,
Y remontando el vuelo
Cruces el puro azúl del alto cielo;
Si ves á aquella hermosa criatura,

El alma de mi história,
Y entre nubes purísimas de glória,
Hablas de amor con ella, y de ventura,
Dile que yó, cansado peregrino,
Siguiendo voy sus huellas,
Guiado en mi camino
Por la luz que derraman las estrellas;
Dile que nunca muere
El amor imposible que alimento,
Y dile que me espere
De mi vida en el último momento;
Dile, en fin, que volando,
Persigo con afan, con hondo empeño,
La imposible quimera de mi sueño;
Dile que siempre seguiré soñando!

Febrero, 1875.

***

Pasó la edad de los felices sueños,
La edad de los amores;
La nieve cubre mi marchita frente:
¡Dejad que llore!

Los árboles se inclinan humillados
Á impulso de los vientos;
Así tambien mi corazon se abate
Á impulsos del recuerdo.

Sombra querida de mi santa madre,
Que vienes con la sombra de la noche
Á darme un beso, y á los cielos vuelves,
¡Deja que llore!

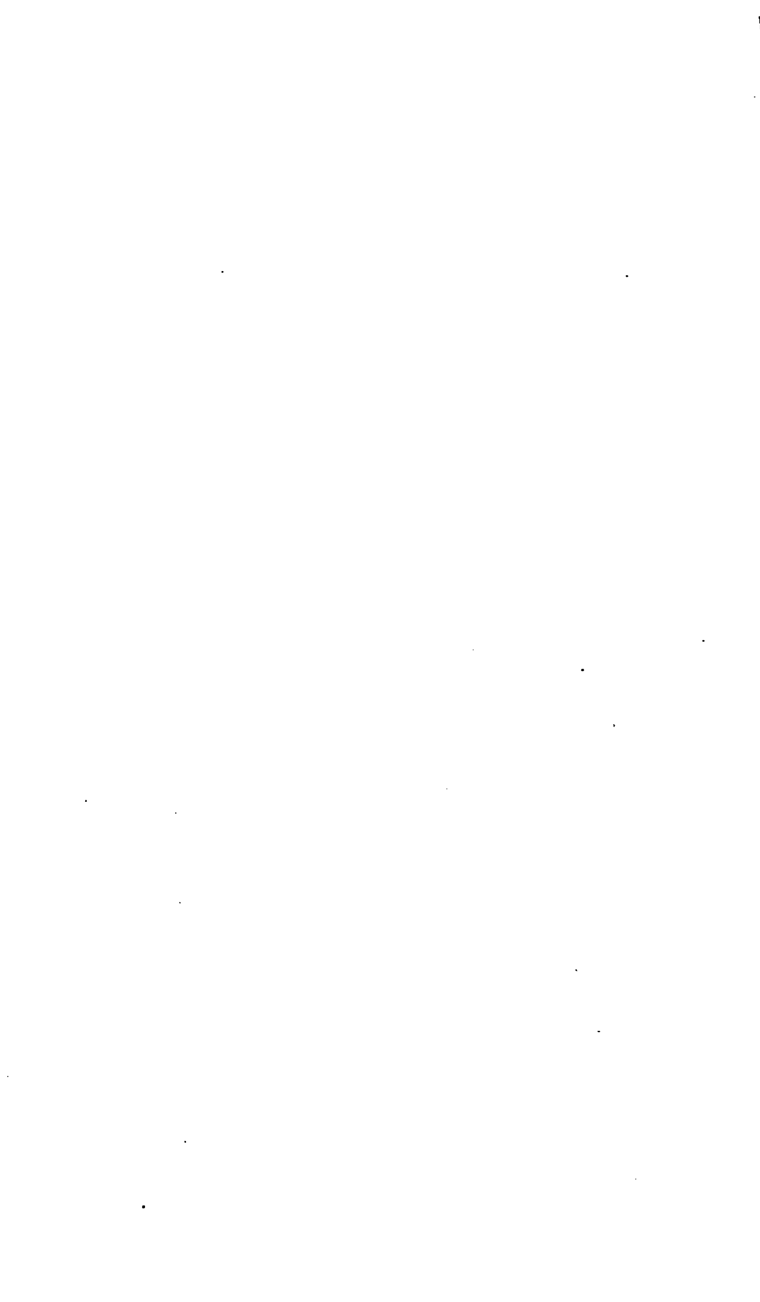
Pasa el invierno y sonriendo viene
La dulce primavera;
Muerta la fé y el entusiasmo muerto,
Yá nunca más esperaré que vuelva.

Vosotros ¡ah! los que al dolor agenos,
La frente coronais con ilusiones,
Huid de mí, que la tristeza mata:
¡Dejad que llore!



A ASUNCION.

Como el ave que en un árbol
Se guarece del invierno,
Á tu corazon el mio
Tiende su amoroso vuelo.
¡Qué importa en su nido al ave
La inclemencia de los cielos!
¡Ay del alma que no encuentra
Un nido para su invierno!



HISTORIA ETERNA

—¡Imposible! ¡Jesus!—¡Tú no me quieres!
—¡Que no te quiero yó!
Más que quiero á mi madre; más que quiero....
¿Qué iba á decir?... ¡Perdon!...
—¿Lloras?—De pena, sí....—¡Bien de mi vida!
—Tú dudas de mi amor!
—Solos estamos, ¡Isabel! ¡bien mio!...
—¡Dudas de mi pasion!...
—Nadie nos vé....—¡Desde los altos cielos
Nos mira Dios!
—¡Cómo no he de dudar!....—Mi pobre madre....
¡Isabel!...—¡Compasion!
—Yo tambien lloro ¡por tu amor!—El mundo....
—Tu mundo ¿no soy yó?
—¿Me quieres?—¡Sí!—¿Me olvidarás?—¡Ah, nunca!
—Madre mia ¡perdon!



Un hombre y un libro.

Al Sr. D. José María Asensio y Toledo.

> **Tiene el Génio su calvario**
> **En la insensatez humana,**
> **Y en él, como Dios, redime**
> **Con su sangre y con sus lágrimas.**

I.

Es media noche: dormida,
Entre las sombras calladas,
Yace la ciudad hermosa
Que el Bétis undoso baña.
¡Media noche! Si rendido
El débil cuerpo descansa,
Si el mundo de la materia
Á su peso se desmaya,
El espíritu gigante
Tiende á los cielos sus alas.
¡Hora en que brota la idéa
Del cerebro, que se abrasa,

Con la fuerza con que brota
Del volcan la ardiente lava;
Hora en que el mar proceloso
De la inteligencia humana,
Lentamente se enriquece
Con nuevas gotas de agua!

II.

De la cárcel de Sevilla
En una medrosa estancia,
Cautivo suspira un hombre
Por la libertad preciada:
No es el criminal que lucha
Con la conciencia que mata;
La soledad no le importa,
La noche no le acobarda.
¡La inocencia, entre prisiones,
Vive en apacible calma:
Del hierro de sus cadenas
Cetros y coronas labra!

III.

Nació en la famosa villa
Que el Henáres circunvala;
Pobre cuna fué su cuna;
Y tan pobre como honrada.
Honra y pobreza, por dote,

Le dió el cielo en abundancia,
Y corazon generoso,
Y fé que todo lo allana.
  Brotó el dolor implacable
Doquiera puso la planta,
Porque es destino del génio
Vivir en un mar de lágrimas.
  Soldado, vertió su sangre
En los campos de batalla,
Y suspiró entre cadenas
Léjos de la Madre Pátria.
  Dióse al cultivo fecundo
De las Letras castellanas;
Soldado, del pensamiento,
Valiente esgrimió la espada.
  Con torpe lábio, la envidia,
Trató de nublar su fama,
Que hoy se extiende por dos mundos
Y sus ámbitos abarca.
  Rico de fé, de entusiasmo,
El hambre llamó á su casa,
¡Único huésped que al pobre
En su horfandad acompaña!
  Más por irónica burla
Que por caridad cristiana,
Viéndole morir, le dieron
Humildísima soldada.
  Cebóse en él la calumnia
Y prendiéronle sin causa....
¡La inocencia, entre prisiones,
Vive en apacible calma:

Del hierro de sus cadenas
Cetros y coronas labra!

IV.

Cervántes, léjos del mundo,
Del que las sombras le apartan,
Un mundo de pensamientos
Lleva en su frente abrasada.
«¡Pobre corazon,—murmura—
Y por cuán poco te afanas!
¡Amigos!... ¡No tiene amigos
El que vive en la desgracia!
Si mi dolor conocieran,
De mi dolor se burláran....
Preso está el cuerpo: ¡no importa!
¡En libertad vive el alma!
Dos hombres, dos, en mí siento
Que rudamente batallan;
El uno me grita: ¡duerme!
El otro me dice: ¡anda!
Loco está el mundo, muy loco;
Unos lloran y otros cantan:
¡Si hoy el espíritu vence,
El cuerpo triunfa mañana!
¡Si un rayo me diera el cielo
De su lumbre inmaculada,
Que las profundas tinieblas
De mi frente disipára!
¡Si yo pudiera en un libro

Compendiar la vida humana,
Esa univèrsal locura,
De sensatez disfrazada!....»
Calló Cervántes: la noche
Sobre su frente pesaba,
En su espíritu evocando
Ejércitos de fantasmas.
Sombras de vagos contornos
Invaden la oscura estancia:
No son fingidas visiones
De la mente acalorada;
Son realidades tangibles,
Apariciones extrañas,
Que tienen la dulce atmósfera
De los sueños de la infancia,
La luz apacible y ténue
De la risueña alborada.
Parecen blancos girones
En que las nieblas se rasgan,
Vapores que las lagunas
Y los arroyos exhalan.
En silencio, poco á poco,
De la sombra se destacan,
Y vé Cervántes que toman
Forma y apariencia claras,
De la misteriosa luna
Á un rayo de lumbre pálida.
¡Son hidalgos, escuderos,
Trovadores, castellanas,
Dueñas, pages, ricos-homes,
Representantes de farsas,

Duques, príncipes, juglares,
Plebeyos y altivas damas,
Que ante sus ojos absortos
Pasan, y pasan, y pasan!...
Y vé, entre todos, Cervántes
Dos cuerpos, que se levantan
Como entre débiles mimbres
Las dominadoras palmas:
Uno es enjuto de carnes,
De tez seca, avellanada,
Y de un rocin á los lomos
Meditabundo cabalga.
Armado de caballero,
Y armado de todas armas,
Es el lema de su escudo:
«Por mi Dios y por mi Dama.»
El otro, cari-redondo,
Obeso y de récia espalda,
Comiendo pan y cebolla,
Sobre un jumento descansa.
Hidalgo el uno, suspira
Y al cielo los ojos alza;
Escudero el otro, come
Y al rúcio en el lomo rasca.
Lanza Cervántes al verlos
Irónica carcajada,
Y «¡Eh,—grita—vuesas mercedes
Del rocin y el asno caigan!
¡Hidalgo, que está en la tierra!
¡Que hay tambien cielo, seor Panza!»
Mas ni hidalgo ni escudero

Sus razones escuchaban,
Que, poco á poco perdiéndose
Fueron como sombras vanas,
Con escudero é hidalgo,
Trovadores, castellanas,
Dueñas, pages, ricos-homes,
Representantes de farsas,
Duques, príncipes, juglares,
Plebeyos y altivas damas.
  Dobla Cervántes la frente,
De pensamientos preñada,
Y «no es la vision de un sueño
Lo que he presenciado,—exclama—
Es que ha tomado la idéa
Forma y apariencia humana,
Que del libro que yo pienso
Se han animado las páginas!»
  Febril se agita en la sombra,
Algo buscando en la estancia,
Y á tientas dá con un libro,
Que tiene las hojas blancas;
  Á tientas toma una pluma
Y escribe con mano rápida,
Del libro en la hoja primera:
En un lugar de la Mancha....

V.

  No en la cárcel de Sevilla
Acabaron sus desgracias:

Libre ya de las prisiones,
Vuelve á la Córte de España.
No es mendigo que discurre
Por corredores y cuadras
Con la lisonja en el lábio
Y el rencor en las entrañas:
¡Mal su rectitud se aviene
Con la mentida alabanza;
Mal se aviene su franqueza
Con la doblez cortesana!
Soldado de otra milicia,
Emprende nuevas campañas
En el campo de las Letras,
Nó en los campos de batalla.
¡Mas cuánta no es su amagura,
Cuánta su tristeza, cuánta,
Viendo que la ciega envidia
Contra él sus dardos dispara!
Le motejan por ser manco,
¡De lo que más se ufanaba!
Lo fué en la ocasion aquella
De los siglos la más alta!
De la amistad á las puertas
Con voz abatida llama,
Y nadie á su voz responde:
¡Las puertas están cerradas!
El hambre no le abandona,
Y pide una humilde plaza,
Que le niega de Felipe
La Magestad Soberana.
De su pobreza se burlan

Y se mofan de sus canas;
De su hidalgo *Don Quijote*
Con desden ó risas hablan;
Y el *Fénix de los Ingenios*,
Á quien encumbra la fama,
Es su más fiero enemigo,
Quien le hiere con más saña.
¡Tiene el Génio su calvario
En la insensatez humana,
Y en él, como Dios, redime
Con su sangre y con sus lágrimas.

VI.

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las postrimeras ánsias,
Escribe al Conde de Lémos,
Que es su postrera esperanza.
Ni una queja, ni un reproche
De la pluma se le escapa:
Siéntese morir, y escribe....
¡Con sus obras se amortaja!

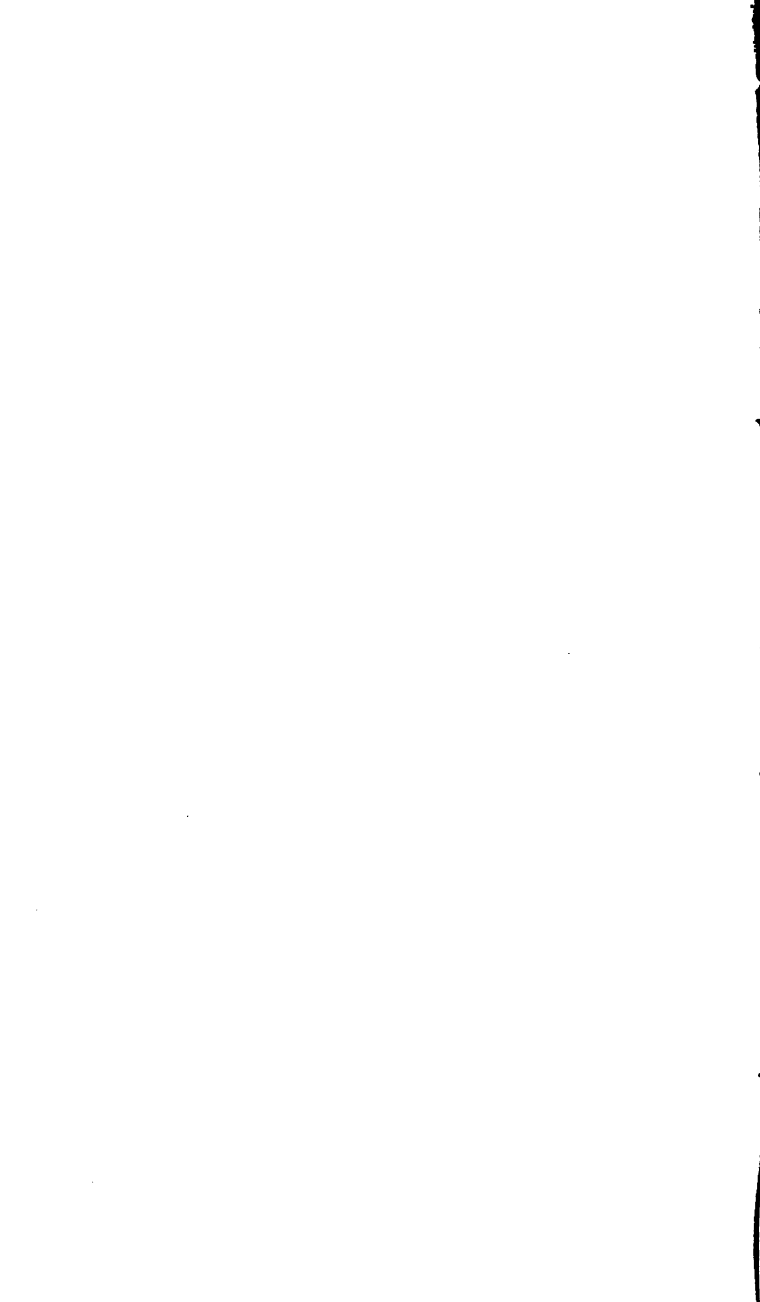
VII.

Léjos del rumor del mundo,
Léjos de sus pompas vanas,
El *Manco sano* su espíritu
Rinde al Creador de las almas.

Ni la sombra de una nube
Su noble conciencia empaña;
Aun más que la hidropesía,
Ingratitudes le acaban.
Aquel soldado valiente,
Que allá en Lepanto mancára,
No teme el golpe violento
De la muerte despiadada;
Para él ha sido la vida,
En verdad, penosa carga,
Y anhela llegar en breve
Á la postrera jornada;
Y él, que se abrasó en el fuego
De la fé, de la fé santa,
Vé otra vida, tras la muerte,
Donde la dicha le aguarda.
De sus lábios, ya marchitos,
Brota ferviente plegaria;
Bálsamo dulce, inefable,
De la religion cristiana.
El sol camina al ocaso,
La muerte agita sus álas,
Todo es sombra, todo luto:
¡La luz la lleva en el alma!
Murió Cervántes; su cuerpo
Eternamente descansa
En el fondo de una tumba,
De los hombres ignorada.
¡Él génio muere en la sombra
Y alumbra al mundo su llama!

VIII.

Tres siglos hace que un libro
Mares y fronteras salva
Y recorre el mundo entero
Como tierra conquistada.
Yá provocador de risas,
Yá provocador de lágrimas,
No hay puerta que se le cierre,
Todas las encuentra francas.
En él se miran los siglos,
Que rápidamente pasan:
De la humanidad espejo,
Á la humanidad retrata.
De un loco y de un cuerdo, el libro
Es la peregrina fábula,
Y en sus hojas se compendia
Fielmente la vida humana:
¡Esa universal locura
De sensatez disfrazada!





Cantares.

Dentro del alma dormían
Mis cantares solitarios;
Pasaste tú por mi puerta
Y todos se despertaron.

Como te llevo en el alma,
Del alma en lo más oculto,
Dentro de mí mismo vivo,
Olvidándome del mundo.

¡Feliz aquel que en el mundo
De todos vive olvidado,
Y otros ecos no levanta
Que los ecos de sus pasos!

Compadéceme de véras:
Me olvidé, mirando al cielo,
De que vivía en la tierra.

Un día tras otro día,
Un mes detrás de otro mes,
Un año, y al fin del año
Vuelta á empezar otra vez.

Arenas de la playa
Son mis cantares:
En olas de cariño
Del alma salen.

Dos se amaron de tal suerte,
Que hasta en la muerte se amaron....
¿Qué no sería en el mundo?....
¡Qué había de ser, ni pensarlo!

Sin el dulce sueño,
¿Del pobre qué fuera?
El sueño le roba con mano piadosa
Mitad de sus penas.

Desde el dia en que por tí
Me abrasó un vivo deseo,
Te veo tan cerca, que creo
Que vives dentro de mí.

Soñé que estaba en el Cielo,
Y al despertar en tus brazos
Ví que era verdad mi sueño.

Cuando supe que me amaba
Fué tan grande mi alegría,
Que aún estoy, desde aquel dia,
Soñando que lo soñaba.

Anda y déjalos que digan
Si te quiero ó nó te quiero:
La envidia sólo es dichosa
Matando el placer ageno.

Siempre que miro tus labios
Envidio á la mariposa,
Que vé la miel, para el vuelo,
La bebe... y el vuelo toma.

Yó no puedo ser dichoso
En este mundo un instante,
Pues mi mayor enemigo
Vá conmigo á todas partes.

Un rayo de sol entrando
En casa del pobre dijo:
Me quedo aquí, no hago falta
En las casas de los ricos.

Me asomé á tu corazon
Y ví de cuerpo presente
El cadáver de mi amor.

Las cuerdas de esta guitarra
Parece que están de broma:
Cuando yó quiero que canten,
Ellas ¡llora que te llora!

El pensamiento es el rayo
Que lanza la inteligencia;
Rayo que abrasa los mundos,
Rayo que alumbra, ó que ciega.

Mi corazon al tuyo
Pidió posada;
Tu corazon le dijo:
No estoy en casa.

Desde que mi amor primero
Fuiste ¡quién me lo diría!
Yó, que ántes me aborrecía,
Porque te quiero, me quiero.

El mundo es grande, muy grande
Para aquel que tiene penas:
Para aquel que no las tiene
Es sólo un palmo de tierra.

Dejad, dejad que le quiera;
Es una perla entre lodo,
Pero al fin es una perla.

Tú me enturbiaste la fuente
Donde solía beber:
Dáme una gota de agua
Que estoy muriendo de sed.

No siembres en campo estéril
Porque perderás el grano:
Los beneficios se pierden
En un corazon ingrato.

No te pongas á cantar
Sin oir dentro del alma
Una voz triste ó alegre
Que esté diciéndote: ¡canta!

Vivir sin amar es muerte;
La vida está en «yó te amo:»
Yó no comprendo la vida
Sin amar y ser amado.

¡Cuántas florecillas,
Cuántas tiene el prado!
Viven ignoradas y la muerte encuentran
Del hombre á los pasos.

Yó no te daré riquezas,
Pero te daré cariño
Que es lo que falta en la tierra.

Á la puerta del presidio
He de poner un letrero:
«Aquí sin cuchillo matan
Á los que vienen enfermos.»

¡Envidia! Si no existiera,
En el mundo no habría males;
Que no hay mal en este mundo
Que no le tenga por madre.

Nadie se jacte en el mundo
De fortuna y de poder;
El mar llega hasta la playa
Y atrás se vuelve otra vez.

No hay una pena más grande
Que la pena que yó siento
Al ver que no hallo palabras
Para decir lo que pienso.

El camino de la vida
Es un camino penoso:
Pobres de los corazones
Que van caminando sólos.

Tú eres mi mayor tormento,
Tú eres causa de mis penas,
Y por lo mismo te quiero.

Ven y juntos andaremos
Este camino penoso:
Cuando se vá acompañado
Se hace el camino más corto.

Soñé que tú me querías...
¡Luégo dirán que los sueños
Alguna vez se realizan!

Corazon que en amores
Vives y penas,
La libertad no cambies
Por tus cadenas.

A tu jardin ayer tarde
Fuí por un ramo de flores,
Y las flores que cojí
Se marchitaron anoche.

Yó puse en un corazon
El cariño de mi alma;
Yó edifiqué en las arenas
Yó escribí sobre las aguas.

Yó me entretengo en contar
Los dias que tiene un año,
Cual cuenta los eslabones
De su cadena el esclavo.

Yó he soñado la otra noche
Que llegabas á quererme,
Y soñando me decía:
Despierta, que no te quiero.

Vamos, vamos muy despacio;
Este camino es muy corto
Y yó quiero hacerlo largo.

Piensa en mí todas las tardes,
Mirando el azul del cielo:
Allí están nuestros amores
Y el despertar de este sueño.

Quiero que hagamos juntos
Unos cantares:
Mírame tú y yó escribo...
¡Qué bien nos salen!

¡Yó no sé qué es lo que tiene
La tarde cuando se vá
Que me causa tanta pena!
Tanta gana de llorar!

Lloro viendo el puro azul
De ese cielo que nos cubre;
Acaso pronto, alma mía,
Ha de empañarlo una nube.

Muriéndose yá decía:
Por el placer de morirme
Mil veces renacería.

No soy hoja que del árbol
Arrebata el torbellino;
Soy el pájaro que ansioso
Vuela en busca de su nido.

Por qué me río, preguntas,
Cuando te veo pasar,
Me río... porque me río,
Por no ponerme á llorar.

Su nido dos golondrinas
Colgaron de tu ventana,
Y, sin saber por qué, lloras
Cuando ellas alegres cantan.

La tristeza y la alegría
Van siempre en mi corazon,
Que alegrías y tristezas
El mundo nunca me dió;
Y segun despierta ó duerme
La loca imaginacion,
Doy al mundo mi tristeza
Ó mi alegría le doy.

¡Qué hombres de bien tiene el mundo,
Que reniegan de los vicios
Y no combaten ninguno!

¡Desgracia como la mía!
Ver reir me causa llanto
Y ver llorar alegría.

Lo estoy viendo y no lo creo:
Realizar una esperanza
Es concebir un deseo.

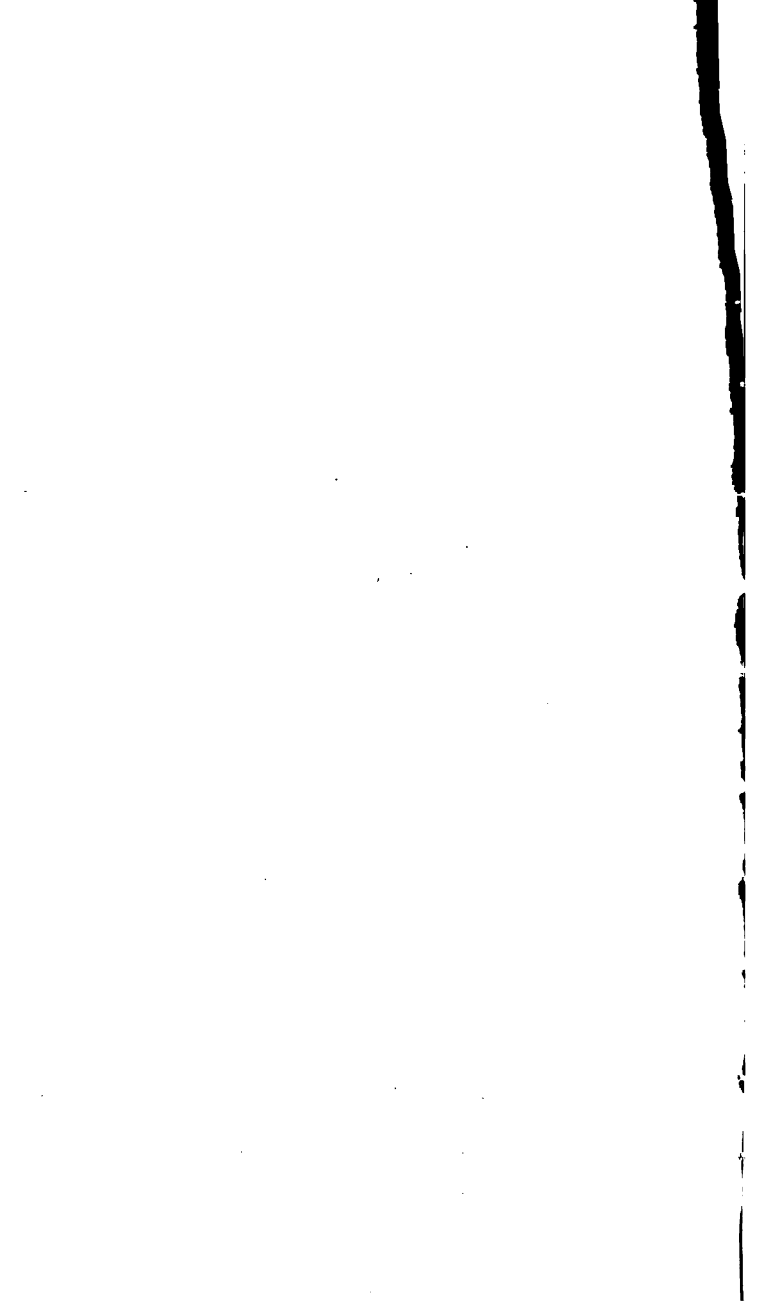
Una es siempre la desgracia,
Como es una la verdad;
Por eso al cantar mis penas
Canto las de los demás.

FIN

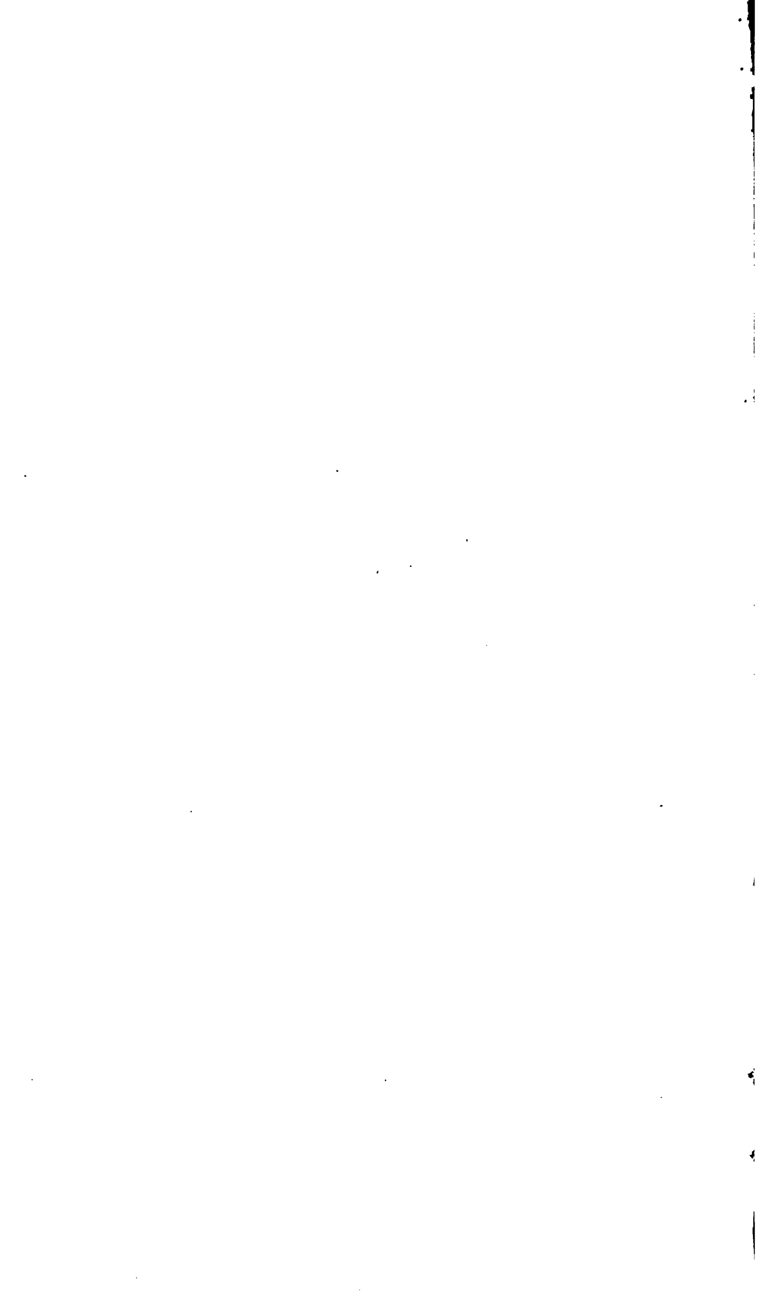
ÍNDICE

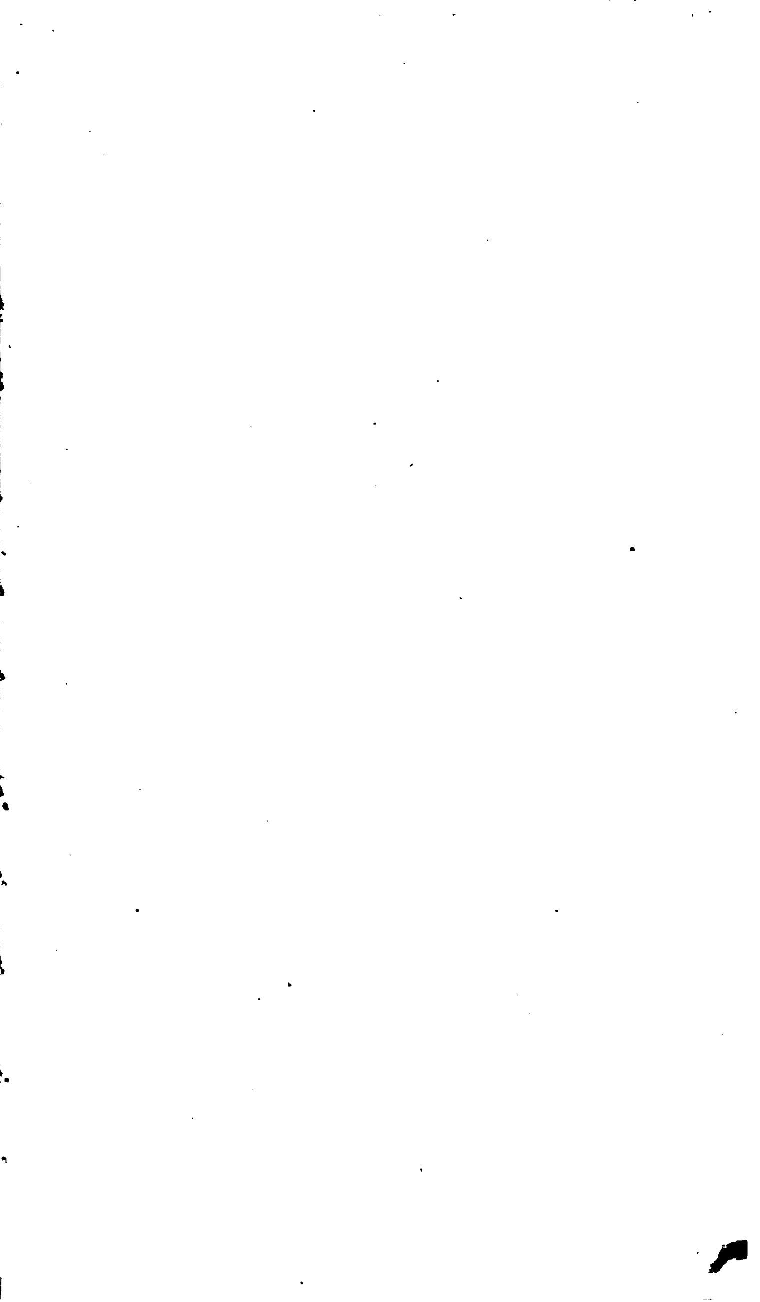
PÁGS.

Carta de D. Gonzalo Segovia y Ardizone.. I
Carta de D. Ramon Campoamor. II
Prólogo del autor. III
Luz 5
En busca de la ventura.. 13
Al comenzar la tarde. 15
Bien sin reposo. 17
Reteniendo entre mis lábios. 19
La manzana podrida. 21
La mejor poesía. 31
Fuentes, aves y flores. 33
Poder del arte 35
La calle de la Amargura 37
Hoy vuela á tí con invisibles alas. 49
Érase un ave de rizadas plumas. 51
Viajero melancólico. 53
El Rayo de Sol. 55
Nunca, señora, se abrasó mi alma. 65
No nacen mis cantares. 67
Olas vienen y olas van 69
Ángel, más que mujer, bajo la nave. 81
La luna de miel 83
Alcé los ojos al azul del cielo. 87
¡Yo recuerdo! La voz alhagadora. 89
Mal de muerte. 91
¡Ana! 99
Todo de un color. 101
En las sombras oscuras. 103
Sombras. 105
¡Otra vez, corazon! La verde pompa. 115
Diez años han corrido y todavía.. 117
Como el ave marina. 119
El Poema de mi vida. 121
Pasó la edad de los felices sueños. 131
Como el ave que en un árbol. 133
Historia eterna 135
Un hombre y un libro. 137
Cantares. 149









PUNTOS DE VENTA

En Sevilla: En casa de los Editores, calle de Tetuan, núm. 24, á donde se dirigirán los pedidos.

En Madrid: Librerías de D. Leocadio Lopez.—D. Alonso Duran.—D. Cárlos Bailly-Bailliere.

PRECIO 10 REALES

